



BOLSILIBROS
EASA

TERROR



Frank McFair

EL HECHICERO

TERROR &



© FRANK McFAIR
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
I. S. B. N. 84-06-02157-8
Depósito legal: M. 36.688 - 1979

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

EL HECHICERO

Frank McFair

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

E

El niño estaba jugando con el perrillo, en un recodo del camino. El perrillo era de color blanco, y el niño de un negro muy oscuro. El niño echaba a correr y el perrito lo seguía tropezando con sus propias patitas, ya que el gozquecillo apenas tenía quince días de edad.

—¡Vamos, «Coocky», vamos! —gritaba el niño.

Un poco más allá estaban las casuchas del barrio negro, casi escondidas en la vegetación, a orillas del río, para evitar que los turistas pudieran ver su miseria. A dos millas, camino adelante, estaba el pueblo, con su iglesia, su ayuntamiento, sus comercios, su banco y un poco más allá, sobre la colina, la zona residencial en donde vivían los blancos ricos.

Todos los turistas lo aseguraban: era un lugar ideal para vivir. Las amplias calles estaban bordeadas de hermosas magnolias, y un servicio de policías prestaba sus servicios con bellos uniformes grises, para proteger a los honestos ciudadanos.

Un hermoso lugar, efectivamente.

Un automóvil desembocó en el camino. Iba conducido por cinco jóvenes, tres chicos y dos chicas, de unos dieciséis o diecisiete años. Frenaron el coche casi encima del chiquillo negro, que se apartó, asustado, al tiempo que cogía al perrillo.

—Eh, «Sambo» —dijo uno de los jóvenes—. ¿Dónde vive Duke Tambury?

El chiquillo los miraba con sus ojos redondos. Señaló hacia el grupo de cabañas.

—Allí, pero no está. Se ha ido...

—Conque se ha ido, ¿eh?

El chiquillo negro tenía solamente seis años, pero sabía cuándo una persona ha bebido alcohol y se ha emborrachado. Los jóvenes del auto habían bebido alcohol.

Se bajaron.

—Vamos, enseñanos la casa.

El chiquillo volvió a indicar con el índice una de las primeras casas.

—Ahí, pero no está. Se ha ido.

—Eso lo vamos a ver ahora mismo.

Eran altos, bien alimentados y habían bebido bastante. Uno de ellos llevaba un frasco de *whisky* en la mano.

—Vamos allá.

A la puerta de la casucha, confeccionada con tablas de chilla desdobladas y ladrillos rotos, había un viejo cegato.

—¡Eh, tío Tom! —dijo uno de los jóvenes—. ¿Dónde está Duke Tambury?

—Se fue.

—Di «señor». ¿No ves que estás hablando con un blanco?

—Sí, señor. Se fue, señor.

—¿Dónde?

—A Atlanta, creo, señor.

—Maldita sea —dijo el joven—. Ese cerdo negro ha huido.

—Bueno, si se ha ido, nada podemos hacer —dijo otro de ellos.

—Hubiera querido tenerlo dos minutos entre los dedos —dijo el primero. Tenía ojos azules, y pelo rubio—. Y le iba a arrancar los testículos con mis propias manos aunque las manchara.

Dio una patada a la banqueta donde se sentaba el viejo y este cayó al suelo, sobre su trasero.

—Vámonos, Colin —dijo una de las chicas—. ¡Dios, qué mal huele aquí!

Volvieron hacia el auto, mientras el viejo intentaba ponerse en pie y encontrar de nuevo la banqueta. Una negra gruesa salió de la casa y le ayudó, mientras miraba a los jóvenes.

Estos habían llegado de nuevo hasta el auto. Uno de ellos miró al chiquillo negro.

—¿Qué tienes ahí?

—Es mi perro.

—Tráelo.

Se lo quitó de las manos. El perrillo lanzó un gemido.

—Por favor, dímelo —pidió el chiquillo.

—Mira, qué perrito tan bonito. ¡Eh, Colin, cógelo!

Se lo lanzó. Colin lo recibió con una mano, como si hubiera sido una pelota de «baseball».

—¡Aquí, Colin! —gritó otro de ellos.

Pero este no lo recibió con la mano, sino con el pie. El perrillo lanzó un aullido diminuto.

—¡Por favor! —dijo el chiquillo negro llorando—. ¡Por favor, mi perro!

Intentó coger al animalito. Uno de los jóvenes le dio en la cara con la mano y lo tendió en el suelo. Su cabeza chocó contra una piedra.

El perrillo duró poco. Otras dos patadas y quedó en el suelo, muerto ya. Temblaba aún, pero eran temblores en los que no intervenía la voluntad.

Riendo, los cinco jóvenes subieron al coche, lo pusieron en marcha y se alejaron entre una nube de polvo.

El chiquillo negro se arrastró hacia el perrillo y lo cogió. Lo acunó entre sus brazos, llorando. De su nariz salía un flujo de sangre.

Fue hacia las cabañas. Rostros negros, se habían asomado a las puertas y ventanas. Una mujer lanzó una maldición.

La madre del chiquillo lo recibió.

—«Ma», han matado a «Coocky» —dijo el chiquillo.

—Sí, hijo.

—Y me han pegado.

—Sí.

Le limpió la nariz. La negra era alta, hermosa, llevaba un vestido amarillo con topos rojos. Lo metió en la casa.

—Cerdos asquerosos —dijo entre dientes, mientras lavaba la cara del niño, que lloraba y repetía que le habían matado a «Coocky». La negra gruesa entró en la cabaña.

—Venían a buscar a Duke, pero gracias a Dios Duke pudo marcharse.

La madre del niño la miró.

—¿Qué es lo que hizo Duke? —preguntó.

—No lo sé. Llegó aquí anoche y dijo que se marchaba a Atlanta. Tomó el tren esa misma noche. Dijo que los blancos iban a venir por él si no se largaba y se largó.

—Han matado a «Coocky» —dijo el niño—. Y me duele la cabeza.

Su madre intentó consolarlo. Aquella noche, después de cenar, cuando llegaron los hombres del campo, su vecina y su marido entraron.

—Esto nos va a traer disgustos a todos. Duke es un mal nacido, pero lo vamos a pagar todos, ya lo veréis —dijo el hombre—. ¿Quiénes eran?

—Uno de ellos era Colin, el hijo del director del Banco —dijo la madre del niño—. Los otros... —movió el brazo en el aire—. ¿Qué más da? Cualquiera. Venían a por Duke, y cuando no lo encontraron golpearon a mi Ike y le mataron al perrillo. Los cerdos asquerosos...

—Tendremos conflictos, ya lo veréis —insistió el hombre—. Recuerda que te lo digo, Linda.

—Pero, ¡sí nosotros no hemos hecho nada! —protestó Linda, la madre de Ike.

—Los negros siempre hacen algo, a juicio de los blancos. No todos los blancos son unos cerdos, pero esos sí. Ya lo verás. No digáis que no os previne.

El coche de la policía solía pasar dos veces durante la noche por el barrio negro. Linda salió cuando oyó el ruido del motor.

—Hola, señor Minton —dijo al patrullero—. Quería hablarle.

El patrullero, un hombre joven con un fino bigote, se le quedó mirando.

—¿Ocurre algo, Linda?

—Unos muchachos blancos estuvieron aquí. Venían buscando a Duke Tambury, pero Duke se ha marchado. Mataron al perrito de mi hijo. A patadas.

Minton movió la cabeza.

—Sí, es lamentable —dijo con indiferencia—. ¿Y para qué buscaban a Duke?

—No lo sé, señor Minton.

—Bueno, ¿nada más?

—Sí, mi hijo se ha puesto enfermo. También le pegaron los muchachos blancos, señor Minton.

—¿Le hicieron mucho daño? —preguntó el patrullero.

—Le hicieron sangrar por la nariz, señor Minton. Y le duele mucho la cabeza.

—¿Quiénes eran? Seguramente algunos golfos, ¿no?

—No, señor Minton, eran... —se calló. En sus bellos ojos negros apareció una expresión de alarma.

—¿Quiénes, Linda?

—Pues... no lo sé bien, señor Minton.

—¿No, eh? Algunos golfos seguro.

Puso en marcha el motor.

—Bueno, no será nada, seguro.

Linda volvió a entrar en su casa. El niño yacía en la cama, agitándose. Al tocarle la cabeza vio que tenía fiebre. Era su único hijo. Desde que se quedó viuda del padre de Ike, cuando lo mató una desmontadora de algodón no había vuelto a casarse.

A la mañana siguiente, el niño estaba peor. Tenía mucha fiebre. Linda encargó a su vecina que lo cuidara un poco de tiempo y corrió hacia el médico, que vivía en los arrabales de la ciudad. El médico le dijo que le llevara el niño, por lo que Linda hubo de volver a su casa y retornar de nuevo.

El médico lo examinó someramente y ni siquiera se dio cuenta de que el niño movía la cabeza de un lado para otro, pero comenzaba a quejarse de dolor de piernas.

Aquella misma noche entró en coma y murió a la mañana siguiente. El médico fue a verlo y diagnosticó una hemorragia

cerebral. Probablemente el golpe que había recibido al caer.

Lo enterraron al día siguiente. Linda ya no tenía lágrimas que derramar, cuando fue a buscar al patrullero Minton le dijo que seguramente la muerte del pequeño se debía al golpe que le dieron.

—No diga tonterías —le respondió el patrullero.

—¿No puedo presentar una denuncia? —respondió ella—. Fue el hijo de míster Barclay. ¿No puedo presentar denuncia?

—Puede, pero no se lo aconsejo. Todo ha sido un accidente y además el médico dice que no hay pruebas de que haya sido el golpe. ¿El hijo de míster Barclay, dices? ¿Estás segura?

Linda lo contempló fijamente. El patrullero, bajo aquella oscura mirada se movió un poco desasosegadamente.

—Hablaré con esos chicos —dijo.

Lo que hizo fue ir a ver a su superior. El jefe de policía se encogió ligeramente de hombros.

—¿El hijo de míster Barclay, Minton?

—Eso es lo que dice la mujer, jefe. Podría ir a preguntarle sí...

—No va usted a hacer nada de eso, Minton. Espere.

Cogió el teléfono y llamó al Banco. Míster Barclay le atendió.

—Míster Barclay, ¿quiere usted informarse de si el otro día su hijo estuvo en el barrio negro y tuvo algún incidente con alguien allí? Bueno, se trata de que ha muerto un crío negro y la madre dice que un muchacho blanco le golpeó. No, no, míster Barclay, no digo que muriera del golpe. Sí, ha sido después. Bueno, si es tan amable... llámeme después, ¿quiere?

Colgó el teléfono y miró a Minton.

—Dice que preguntará a su hijo y parecía enfadado. Y no me extraña. A nadie le gustaría que su hijo fuera acusado de una cosa así.

—No acuso a nadie, jefe, me limito a...

El teléfono sonó al poco rato. El jefe lo atendió.

—Sí, míster Barclay, por supuesto. Bien, así que su hijo no golpeó a nadie. No, no por supuesto, no hay por qué preocuparse y no habrá investigación.

Colgó.

—Minton, caso cerrado. El chiquillo ha sido enterrado, ¿no? Pues no hay nada más.

—¿Qué ha dicho el hijo de míster Barclay?

—Que estuvieron en el barrio negro. Buscaban a un chico negro que había estado insultándolos, pero no lo encontraron. Que no golpearon a ningún chiquillo, y que miente quien lo diga.

Minton se encogió de hombros.

—Cerrado, pues, jefe.

No estaba cerrado. Dos días después, de haber ofrecido a sus

vecinos una comida de funeral, Linda se envolvió en un chal y partió hacia las montañas.

Un camionero negro la recogió en la carretera a tres millas del pueblo. La dejó en Black Musk, dos horas después. Desde allí anduvo otras dos horas, hasta que finalmente llegó, hacia las siete de la tarde, a una cabaña situada en un lugar oscuro, sombrío, lleno de árboles, situado en una cañada. La cabaña, fabricada con troncos de árbol, y muy vieja, estaba cerrada.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió. Una vieja cara negra, apareció en ella.

—Abuelo —dijo Linda—, te necesito.

—Pasa.

El interior de la cabaña era un batiburrillo de objetos. Había pieles de animales y toda clase de cacharros. En un fogón ardía el fuego, y sobre él un caldero de hierro que humeaba.

Linda se dejó caer sobre una caja de galletas y se quitó el chal, aunque no hacía calor en aquel lugar siempre a oscuras debido al follaje.

El negro era muy viejo. Caminaba encorvado y tenía el pelo blanco y lanudo. Él también se sentó y contempló a la muchacha.

—¿Para qué? —preguntó.

—Mi hijo ha muerto. Lo han matado unos cercos blancos. Lo golpearon, se puso enfermo y murió.

—Nunca me trajiste a tu hijo, Linda. No he podido conocerlo.

—Mi marido no quería... Lo siento, abuelo. He llorado mucho, pero ya no puedo llorar más.

El viejo le acarició la cabeza con una mano sarmentosa.

—¿Querías mucho al pequeño?

—Sí, abuelo. Y me lo han matado.

—¿Qué quieres?

Linda se lo dijo. El viejo negro la escuchó atentamente. Cuando la mujer terminó, dijo:

—Debiste traerme al pequeño para que lo conociera. Cuando te fuiste de mi lado, pensé que me darías nietos. Ahora ya no queda nadie de la familia más que tú y yo.

—Lo sé, abuelo.

Pese a sus palabras, rompió a llorar. El viejo sacó un frasco de un rincón, vertió en él dos clases de líquidos y se lo tendió. Linda Courtenay bebió. Una oleada de calor subió desde su estómago hasta su garganta.

Pero se sintió mejor casi enseguida. Luego, el sueño y el cansancio cerraron sus ojos.

Cuando despertó era de día ya otra vez. Su abuelo no estaba. Salió. Cerca corría un riachuelo de aguas limpias. Recordaron sus

tiempos de niña, cuando vivía allí hasta que bajó al pueblo y se casó, se desnudó y se metió en el arroyo. Las aguas se cerraron sobre su hermoso cuerpo.

Se sentía mejor. El agudo dolor por la pérdida de su hijo se había convertido en una pena sorda.

Cuando salió del agua, su abuelo volvía. Llevaba un brazo de hierbas y plantas entre las manos.

Linda se puso el vestido. El lugar, al que apenas llegaba el sol, olía fuertemente a vegetación descompuesta.

—¿Me diste algo para dormir, abuelo? —preguntó.

—Sí. ¿Sigues pensando en lo mismo?

—Siempre, abuelo.

—Pues bien lo que tienes que hacer es...

Y procedió a explicárselo. Ella lo escuchó atentamente hasta que acabó.

—Lo haré, abuelo —afirmó—. ¿Quieres que te limpie la casa?

—No. Si quieres hacer eso, has de darte prisa.

—Sí.

EL viejo volvió con un frasco. Se lo entregó.

—Cuando sientas mucho la muerte del pequeño, tómate algún trago de esto. Pero solo un trago, o una cucharada.

—Sí, abuelo.

No se besaron. El viejo se limitó a tocar la cabeza de la muchacha.

—¿Cuándo volverás?

—Tan pronto como tenga todo eso, abuelo.

—No tardes mucho. Es preciso hacerlo lo antes posible.

Y la mujer, con paso elástico, comenzó a descender la montaña. Llegó a la carretera y esperó el paso de algún camión. Curiosamente, fue el mismo que el día anterior la había traído.

—¿Dónde ha estado usted? —preguntó el camionero—. Tengo entendido que por ahí arriba solo hay animales salvajes.

—Precisamente era lo que iba buscando —respondió ella con los ojos fijos en la carretera.

Diez días más tarde, Linda Courtenay volvió a la choza de la montaña. Llevaba en la mano una bolsa de plástico. Cuando el viejo la abrió, vio que en ella había otras cinco bolsitas.

—Sí —dijo el anciano, echando una mirada a lo que contenían estas—. Creo que aquí está todo. ¿Vas a volver a la ciudad hoy mismo?

—No, me quedaré hasta mañana. Necesito que me des otro poco de lo que tiene esa botella.

—Un poco solamente. No debes abusar.

Durmió otras veinticuatro horas. Cuando despertó estaba mucho

mejor.

—¿No volverás a casarte? —preguntó el viejo mientras comían cerdo en salsa.

—No lo sé. Por el momento, no. Hasta que... hasta que algo ocurra.

—Ocurrirá —respondió el abuelo Courtenay con absoluta seguridad en su tono.

CAPÍTULO 2

M

ISTER Barclay, un hombre alto, delgado, con lentes montados al aire y el pelo aplastado sobre la cabeza, se quedó mirando a su hijo.

—Muchacho, es menester que te gradúes. No, no quiero que digas nada. Pero tampoco quiero que vuelva a advertirme el director del colegio. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Bueno, pues ya lo sabes. Si no te gradúas, te pondré a trabajar en cualquier sitio. Pero no me gustaría que el hijo de un director de Banco, el hijo de Barclay, estuviera trabajando como recadero o algo así.

—Sí, «pa».

El chico parecía absolutamente aburrido. Contestaba mecánicamente.

—Y no quiero que andes zascandileando por ahí hasta las tantas de la noche. ¿Crees que no sé que la policía os detuvo el otro día y que no fuisteis a dormir a la comisaría solo porque eres mi hijo? ¿Qué diablos estabas haciendo?

—Estábamos jugando en la bolera, «pa». Cuando salimos, esos hijos de perra de policías allí estaban. Cogían a los chicos y los sermoneaban. A dos los llevaron a la perrera.

—Bueno, no quiero que vuelva a suceder.

Su tono cambió.

—Vamos, vamos, muchacho. Tu madre está preocupada por ti. Así que gradúate, y luego a la universidad. ¿Lo harás, muchacho?

—Sí, «pa».

—Bien, así me gusta. Y ahora, una cosa más. ¿Qué es eso del chico negro?

—No es nada, «pa». Un maldito negro que insultó a Rip.

—¿Lo insultó? ¿Cómo? ¿Qué le dijo? ¿Y por qué no se lo dijo Rip a la policía?

—¿Ir a la «poli» por una cosa que podíamos solucionar nosotros? Vamos, «pa», se hubieran reído de nosotros. Fuimos al «Basurero» a buscar al negro, pero ya se había largado a Atlanta. Pensábamos darle una lección.

—Pero, ¿cómo insultó a Rip? ¿Qué le dijo?

—No lo sé. Solo que lo insultó.

—Te lo estás callando.

—¡Bueno! La hermana del negro estaba en la taberna del «Basurero». Rip pasó por allí y le dijo algo. El negro... bueno, ¡yo qué sé!

—Pues me dijo el jefe de policía que un niño negro había muerto.

—¡Y yo qué sé! Ni lo tocamos. Solo jugamos un poco con el perro y el coche lo aplastó. ¡Eso es todo! ¿Qué más quieres que te diga?

—Bueno, muchacho. Eso os pasa por andar por ahí. A tu edad yo ya estaba trabajando duro. Y mira dónde he llegado. Así que toma ejemplo.

Colin dejó a su padre, que hojeaba el periódico. Salió. El calor no se había mitigado con la llegada de la noche. El jardín parecía dormido, lo mismo que los otros jardines de alrededor.

Salió a la calle, desierta. Su madre no llegaría hasta por lo menos las doce ya que era su día de *bridge*. ¿Y si fuese a buscar a los muchachos?

La zona residencial estaba separada del pueblo por una ladera por la que subía la carretera. La ladera estaba cubierta de árboles, y solamente algún farol que otro la iluminaba. Hasta el pueblo había una distancia de una milla.

Los muchachos estarían seguramente en la bolera o en la droguería. Lo más que podía ocurrir es que su padre lo llamase, pero con decirle que había ido a buscar a Rip a alguna de las chicas...

Comenzó a descender la carretera. De vez en cuando, el coche de alguno de los habitantes de la zona residencial, lo que se llamaba los «Hights», lo cruzaba, iluminándole con los faros. Colin llevaba una camisa blanca y unos *blue-jeans* azules.

A medio camino de bajada había un atajo que cruzaba el riachuelo sobre un puente rústico de madera. El municipio había colocado un farol en ese lugar.

Llegó al puente y se detuvo, de pronto.

Sintió que un súbito calor le subía desde el estómago hasta la cara. El lugar estaba sombreado por grandes cedros y el arroyo corría golpeando contra las piedras.

Pero no era eso lo que le había sorprendido. Asustado, mejor dicho.

Porque allí, junto al puente, sobre el camino, había un niño negro jugando con un perro blanco. El perro, muy pequeño. Saltaba torpemente para alcanzar con sus dientecillos el borde del calzón

del chiquillo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Colin agresivamente.

El niño no pareció oírle. Seguía llamando al perro con los dedos, aunque el movimiento no iba acompañado de ruido alguno. Pero sí se oía una vocecita como viniendo de muy lejos, que decía «¡Vamos, "Coocky"! ¡Vamos!»!

Colin tragó saliva. Avanzó dos pasos.

—¿Qué diablos haces aquí? —repitió.

La luz del farol dio de lleno sobre el rostro del chiquillo. Colin ahogó un gemido. ¡No podía ser! ¡Eso era completamente imposible! Los rasgos del niño eran exactamente los mismos del crío aquel, del «Basurero». Y el perrillo... bueno, los perritos se parecen todos, pero aquel...

Retrocedió un paso. Luego, repentinamente, alargó el pie para golpear al perrillo. Este se apartó, y lanzó un corto ladrido. Un ladrido pequeño, casi un gemido.

El niño se había puesto en pie y miraba a Colin.

—¡Tú maldito «Sambo»...!

Y en ese momento, viniendo del otro lado del puente, silenciosos, como dos fantasmas, vio a los dos enormes perros.

Eran negros, inmensos y llevaban los dientes desenfundados. Corrían a grandes saltos y se dirigían rectamente hacia él.

Colin dio media vuelta, ahogando un grito de terror y echó a correr, por el sendero, en dirección a la carretera. El corazón se le agrandó en el pecho hasta llegarle a la garganta.

En las primeras cien yardas, cuesta arriba, tropezó y cayó. Al caer se dio la vuelta y vio que las dos enormes criaturas estaban ya encima. Gritó, manoteó y vio los ojos fosforescentes, los colmillos blancos a pocas pulgadas de su cuello.

Volvió a gritar, ahogadamente esta vez, y se revolvió en el suelo. Le pareció que hasta él llegaba el aliento fétido de las fauces abiertas, y el corazón se le saltó un latido. Perdió el conocimiento cuando ambas mandíbulas buscaban su cuello. Esta vez de su boca salió un grito espantoso.

Una pareja de mediana edad que subía la carretera en su automóvil descapotable oyó el grito. El hombre metió el freno.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó su esposa asustada.

—No lo sé. Ha salido del bosque. Voy a bajar a ver lo que ha ocurrido.

—No, por favor, ¿y si fueran...? ¡No, Henry, no por favor!

Pero el marido había abierto la portezuela del coche y se bajaba ya. En la mano llevaba la linterna.

—¡Henry, no me dejes sola!

—Pues ven conmigo.

La mujer bajó del coche y juntos entraron en el sendero. La linterna alumbraba los gruesos troncos árboles y los helechos que crecían entre ellos. El calor era pesado, opresivo.

Lo encontraron un poco más allá, cuando el hombre y la mujer se disponían a volver.

Yacía sobre el suelo, destacando en la oscuridad la mancha blanca de su camisa. Tenía los brazos extendidos en cruz.

—¡Henry! ¡Por Dios!

Henry se inclinó sobre el cuerpo, iluminándolo con la linterna. El miedo se apoderó de la pareja.

—¿Y si hay...? —susurró ella—. ¿Y si hay alguien ahí, en la oscuridad...?

—Pero tengo que ver si está...

Henry era un próspero agente de seguros, no un hombre de acción, pero conocía sus deberes cívicos. Tocó el pecho del muchacho, mientras su esposa miraba aterrada a un lado y otro.

—Creo que está... muerto —dijo el hombre—. Es... el chico de los Barclay. Por Dios, por Dios.

Se incorporó.

—Hay que avisar a la policía —dijo.

Volvieron sobre sus pasos sin dejar de echar inquietas ojeadas a su alrededor. Cuando llegaron al coche subieron a él.

Encontraron el coche patrullero ya en las primeras luces de la calle mayor del pueblo. Henry les comunicó lo que había. Uno de los agentes cogió el teléfono y llamó a jefatura. Un instante después otro coche se les unía, haciendo brillar el intermitente rojo del techo. Un médico, recogido al paso, viajaba en él con su maletín en la mano.

El joven estaba en la misma postura. El médico se arrodilló mientras los policías penetraban en el bosque, cruzaban el arroyo y lo pisoteaban todo.

—Muerto, desde luego —dijo el médico—. Parece un ataque al corazón, pero no puedo saberlo ahora con exactitud.

Mientras, Henry y su mujer continuaban explicando a un atribulado jefe de policía lo que había ocurrido. Cómo oyeron el grito, se bajaron...

—Sí —dijo el médico—. Lleva muerto muy poco tiempo.

La noticia le fue comunicada a míster Barclay, que no podía creerlo.

—Pero si se separó de mi hace menos de una hora... Pero si no puede ser. ¡Es imposible!

Lo era. El cadáver fue llevado al Centro Médico, mientras *mistress* Barclay, gruesa, con el pelo teñido de rubio y los dedos cargados de anillos se desmayaba al oír la noticia.

A la mañana siguiente, la autopsia hizo saber al jefe de policía que el joven Colin Barclay había fallecido de un colapso. El médico forense se lo comunicó personalmente al jefe de policía, en presencia del médico particular de la familia Barclay.

—Pero si era un muchacho extremadamente fuerte y sano —dijo este último—. Yo mismo le hice un reconocimiento para el último curso.

—¿Le hizo algún electrocardio?

—No, pero no era necesario. Por Dios, en ningún momento tuve la impresión de que pudiera tener algo en el corazón.

—Pues mire esto.

Le entregó algunos de los folios de que constaba el informe. El doctor los leyó.

—Y hay algo más —insistió el forense—. No hay huellas de golpes, nada en absoluto que haga pensar en una muerte violenta. Solo...

—¿Qué? —preguntó el jefe de policía.

—Tenía una extraña expresión en el rostro. Usted pudo verlo, jefe.

—Sí, parecía... —eligió las palabras cuidadosamente—. Parecía aterrorizado, asustado, ¿no?

—Sí. Algunos cardíacos se aterrorizan al sentir llegar el ataque, pero luego ese rictus se desvanece. Y luego, el grito que oyeron esas personas. Es muy extraño.

—Asustado —dijo el jefe de policía—. ¿Qué pudo asustarle allí?

—Lo ignoro —declaró el forense—. Bien, señores, eso es todo.

El funeral fue una gran manifestación de duelo, como publicó el periódico. Todos sus compañeros de clase, los amigos de los padres, prácticamente toda la población asistió a él. Las chicas lloriqueaban cuando el pastor leyó los homenajes fúnebres, en los cuales habló de la «flor tronchada cuando más prometía, y del dolor de los atribulados padres», y por último todos volvieron a sus casas.

Míster y *mistress* Barclay recibieron aquella noche a sus amigos en casa. Ambos estaban tan abatidos que dos amigas de *mistress* Barclay se ofrecieron a quedarse con ella. Bajo los efectos de los sedantes que le proporcionó su médico, la señora Barclay parecía atontada y no dejaba de llorar silenciosamente.

Colin había sido hijo único. La verdad es que pocas simpatías despertaba entre sus vecinos y los amigos de sus padres. Era insolente, despectivo varias veces había promovido escándalos en la bolera o en las droguerías. Y bastantes veces se había emborrachado, en cuyos momentos se tornaba agresivo y pependenciero. Incluso una noche llegó a pegar a un policía, pero ¿quién se iba a enfrentar al director del Banco más importante?

Una pequeña multa y a olvidarlo.

Linda Courtenay trabajaba como asistente en casa del médico de la familia Barclay. Escuchó a este que le contaba a su esposa los resultados de la autopsia, y cómo era absolutamente incomprensible que un chico completamente sano hubiera podido morir de aquella manera. El médico estaba afectado. Míster Barclay le había insinuado que parte de la culpa la tenía él, por no haberle hecho un chequeo más a fondo al muchacho. Linda Courtenay, que quitaba los platos de la mesa, tenía la oscura cara en la sombra del comedor, pero sus dientes brillaban en una blanca sonrisa, que nadie pudo ver.

Cuando acabó su trabajo se despidió de la esposa del doctor y se marchó a su casa. Cuando llegaba al «Basurero», el coche patrullero la alcanzó.

El agente Minton asomó la cabeza por la ventanilla.

—Eh, Linda. ¿Qué te parece lo que ha ocurrido?

—No lo sé, señor Minton. Solo sé que ha muerto el muchacho del señor Barclay. Yo tengo lo mío para preocuparme.

—Es el chico que dijiste que había golpeado a tu niño, ¿no?

—Me pareció, señor Minton. No estoy segura ahora. Ustedes dijeron que él no lo había hecho.

Minton la contempló con atención. Minton era joven, soltero y sentía una gran inclinación hacia las mujeres. Hasta ahora había logrado no enredarse en ningún lío interracial, pero Linda lo atraía. Cuando contemplaba sus pechos altos y firmes que seguramente no necesitaban sujetador, y las amplias y redondas caderas, sentía excitarse sus sentidos.

Pero una cosa así podría costarle el puesto en la policía, y lo cierto es que la ciudad pagaba muy bien a sus agentes. De todas formas, algunas noches había pensado que no estaría nada mal citarse con ella en algún lugar lejano, donde nadie pudiera verlos y...

—Comprendo que lo de tu chico te haya afectado mucho.

—Hasta los morenos queremos a nuestros hijos, señor Minton.

—Bueno, y ahora, dime la verdad. ¿Viste de veras al hijo de los Barclay pegar a tu niño?

—No estoy segura, señor Minton. Ustedes dijeron que no había sido así.

—Te estoy hablando como un amigo, Linda. ¿Lo viste o no lo viste?

—No lo sé, señor Minton. Palabra que no lo sé. Pero ustedes dijeron...

—Déjate de lo que dijimos nosotros. Bueno, ya veo que no quieres hablar.

—No es eso, señor Minton, es que ustedes dijeron...

«Estúpida», pensó el agente. Estúpida pero hermosa, por Jesucristo. ¿Y si le dijera ahora...?»

Pero solo el pensar que alguien pudiera enterarse y decírselo a su jefe lo aterró. Promiscuidad sexual con una negra... Aquello lo hundiría.

—Bueno, ya sabes que soy tu amigo, ¿no? Dentro de lo posible.

—Sí, señor Minton. ¿Quería alguna cosa más, señor Minton?

—No, nada más...

Sus ojos no se apartaban del pecho de la negra. Esta se dio cuenta, pero no hizo el menor gesto. Esperaba, pasivamente.

—¿Estás contenta en casa del doctor Leavers?

—Sí señor, muy contenta.

—Bueno, ahora adiós.

Puso en marcha el coche. Por regla general aquella zona la patrullaba con un compañero de noche, pero esa noche estaba solo. Por el retrovisor vio cómo Linda echaba a andar, y tragó saliva al ver el balanceo de aquellas caderas. Pero no, no debía pensar más en ello.

Linda llegó a su casa. Como en un libro había leído los pensamientos del blanco. No era nada nuevo para ella. Incluso había observado cómo el doctor Leavers, cuando creía que ella no lo miraba, la observaba con disimulo. Se sabía bella, y gustaba a los hombres, los atraía. Siempre había sido fiel a su marido hasta que este murió, y después había continuado siéndolo.

Por el momento solo podía pensar en dos cosas: en que su hijito, su querido Ike había muerto hacía quince días y en que el hijo de los Barclay había muerto también.

Pensó si subiría a la montaña, pero desistió de ello, mientras se preparaba la cena. No convenía que la vieran ir allí. Alguien podría sospechar.

Linda había nacido en aquella cabaña. Sus padres murieron poco después de nacer ella, y el abuelo la cuidó, y con pesar se desprendió de ella cuando Linda quiso bajar a la ciudad para trabajar, tras conocer al que luego sería su marido. Había recorrido el bosque, con el abuelo, recogiendo hierbas, poniendo trampas, y había aprendido algunas cosas.

Una de ellas era que la muerte podía venir de muchas maneras. La muerte y... otras incidencias muy desagradables.

¿Qué iba a hacer ahora? Sus ojos iban continuamente hacia la camita del niño, en el rincón. Ya no volvería a ver la lanuda cabecita sobre la almohada, ni oír sus risas al despertarse.

Se cogió la cara con las manos y lloró un poquito. Luego pensó en el joven Colin Barclay y las lágrimas se secaron. También él

estaba muerto, pensó salvajemente. También él estaba ahora enterrado.

Sus pensamientos se dirigieron a Minton. El cerdo blanco... también algo habría que hacer con él.

Sus vecinos entraron para jugar al «rummy», pero Linda no tenía ganas. Estaba demasiado excitada para ello. Cuando los vecinos se despedían, la mujer se inclinó sobre Linda y le preguntó en un susurró:

—Linda, ¿para qué querías *aquellas* cosas? No me lo dijiste.

—No preguntes, Ellen. Y no digas nada a nadie, ¿quieres?

La mujer le devolvió la mirada. Los ojos de Linda eran muy brillantes.

—No, no, claro querida. No preguntaré, nada. Y si necesitas alguna cosa más...

—Tal vez, Ellen, tal vez.

Linda se acostó temprano. Sus últimos pensamientos fueron para el pequeño Ike que ya no existía, y para el abuelo, que estaría allí arriba en su solitaria y sombría cabaña. El abuelo...

CAPÍTULO 3

E

N los «Hights», la casa más lujosa de aquel barrio, era la de la señora Waring. Era una viuda de treinta y cinco años, bella y a la que un marido fallecido diez años antes había dejado millón y medio de dólares y una hija, Mabel, que ahora tenía diecisiete años.

La señora Waring estaba en la piscina, con un bikini del que se había quitado la parte superior, para que el sol tostase sus pechos. A su lado había una mesita con un cubo de hielo en el que se enfriaba el *martini*.

La criada negra, la gruesa Minah, apareció en la puerta cristalera que separaba la casa de la piscina. El sol estaba ya muy bajo en el horizonte, pero el calor era aún opresivo.

—Ha llegado el jefe de policía, señora —dijo Minah.

—Dame el sujetador del bikini —ordenó la señora Waring, extendiendo la mano.

La negra se lo dio. Cora Waring se lo puso.

—Hazle pasar y trae un vaso para él.

Sabía que lo que estaba haciendo era una incorrección, pero, ¿para qué diablos sirven millón y medio de dólares en acciones siempre en alza y en bonos si no se pueden cometer algunas incorrecciones? Al diablo con aquellas señoras del Sur.

El jefe de policía, Tecumseh Jones, apareció en la puerta. Al ver a Cora tendida en la meridiana, se detuvo. Cora se puso en pie y el jefe, hombre de cuarenta años, fuerte como un toro, pero embutido en un uniforme hecho a medida y con raya amarilla en el pantalón, admiró el hermoso cuerpo de la viuda. Más de una vez había pensado que si él estuviese soltero se lanzaría al asalto de aquella Juno y de sus millones, pero por desgracia, eso era imposible.

—Señora Waring —dijo. Cora le tendió la mano y él se la estrechó con la energía precisa para demostrarle que era un hombre fuerte, pero cuidadoso con las damas delicadas.

—¿Algo nuevo, jefe?

—Pues señora Waring...

—Dispénseme que lo reciba así. ¿Un *martini*?

—Gracias, señora. Vendrá bien con este calor.

Cora le tendió el vaso y le señaló el plato con aceitunas y rabanitos.

—Por su cara adivino que algo ha ocurrido.

—Pues... ocurrir, no, pero pudiera haber sucedido, pero afortunadamente mis hombres tienen órdenes precisas.

—Bueno, hable.

Tecumseh bebió un trago. Tenía que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de aquel tostado cuerpo.

—Espero no haber infringido alguna disposición de tráfico. Soy tan descuidada a veces, conduciendo...

—No, no, por supuesto que no. Se trata de la señorita Waring.

—¿Mabel? ¿Qué ha hecho ahora?

Su rostro y su tono eran los de una madre martirizada, una madre que necesita toda la posible protección masculina.

—Bueno, en realidad...

—Hable claro, jefe, por favor. Estoy tan acostumbrada a las travesuras de mi hija...

—Bien, yo no le llamaría travesura. El caso es que me resulta un poco violento, pero mi posición de jefe de la policía de la ciudad me obliga a ciertas cosas desagradables...

—Hable, por favor. *¿Qué ha hecho Mabel?*

—Pues... uno de los patrulleros del Estado, un motorista, vio un coche que iba a velocidad excesiva e intentó pararlo. Como no hiciera caso de sus señales, persiguió al coche...

—Y dentro iba Mabel.

—Bueno, hay algo más. Iba en el coche un grupo de chicos, y cuando vieron que el patrullero los iba a alcanzar, alguien, uno de ellos comenzó a vaciar una botella de aceite en la carretera delante de la moto. El agente solo pudo evitar la mancha lanzándose a la cuneta. Estuvo a punto de matarse, señora Waring, y se hubiera matado irremisiblemente si llega a pisar la mancha de aceite.

—Pero, ¿mi hija?

—El agente telefoneó a sus compañeros y detuvieron el coche en el control de Parrish. El coche lo conducía su hija, señora Waring.

—Pero ¡ella no fue la que cometió esa horrible cosa! ¿Verdad, jefe? Por favor, dígame que no.

—No, al parecer, pero los cuatro fueron acusados. Es una acusación algo fuerte, señora Waring. Afortunadamente el agente patrullero salió ileso, pero...

—Por Dios, por Dios, eso es horrible. ¿Qué va usted a hacer, jefe, por favor?

—Si hubiera sido uno de mis hombres, la cosa se hubiera podido arreglar mejor, por supuesto, pero un agente del Estado... En fin, he hecho lo posible, y al parecer no habrá proceso, pero... me ha

costado mucho trabajo conseguirlo.

Miraba calculadoramente a la mujer. Esta asintió.

—Muchas gracias, jefe, es usted un auténtico ángel.

—Cumpló mi deber para con los ciudadanos, señora Waring.

Ella le tendió la mano y él la retuvo entre las suyas unos instantes. El agradecimiento de una mujer rica como Cora y tan bella, además, no era para ponerle de malhumor.

—Tome otro *martini*, jefe. Por cierto, hablaré con mi hija y si es necesario la castigaré.

—Sí, conviene asustarla, por lo menos —respondió Tecumseh tomando su *martini*—. Los jóvenes son impulsivos, ya se sabe, pero tampoco debemos dejarlos solos. Un poco de buena autoridad materna le hará mucho bien a su hija, señora Waring.

—No olvidaré lo que ha hecho por mí, señor Jones. Puede creer que nunca lo olvidaré.

—No pido tanto, señora Waring, por Dios.

—Lo haré, sí.

Caminó ante él, moviéndose con gracia un tanto alcohólica. El jefe la siguió con los ojos inflamados de deseo. Se despidió poco después.

Cuando Mabel llegó, su madre la esperaba. Siete *martinis* en una tarde la habían puesto en un estado un tanto crepuscular.

—¡Eres un encanto! —le dijo con violencia—. Así que intentando matar a un patrullero. Pero, ¿qué clase de chica eres?

—¡No he intentado hacer eso! —respondió Mabel con la misma violencia—. Pero ese hijo de perra nos seguía haciendo sonar la sirena como si fuéramos criminales, así que Rip abrió una lata de aceite del motor y le echó unas gotas en la carretera. No le pasó nada, así que, ¿a qué tanto jaleo? La policía nos detuvo en Parrish pero nos soltó hace un rato.

—¡Porque el jefe Jones ha sido muy bueno! ¡Mabel, Mabel, tendremos que marcharnos de este sitio y no quiero hacerlo! Es muy bello y me gusta y me he gastado mucho dinero en él. Pero ¿es que estás loca? No quiero que vuelvas a hacer una cosa así.

—Bueno, ¡bueno! No volveré a hacerlo. Pero tendrás que pagar una multa.

—Si tu padre viviera... ¡se murió en el momento menos oportuno!

Luego se quejó de jaqueca y se fue a la cama. Mabel telefoneó dos veces y luego subió al cuarto de su madre. Esta dormía ya, desnuda, como tenía por costumbre, y abrazada a una almohada.

Así que salió. La casa estaba rodeada por un césped bien cuidado y luego un acre de jardín. Este estaba separado de la calle por una alta verja.

Mabel tenía ganas de beber algo, pero no a solas, como hacía su madre, sino en compañía de sus amigos. Iba a reunirse con Rip y Evelyn Bonnaker, que la esperarían en la calle con un coche.

Muy cerca de la valla había una rotonda en la que Cora había hecho instalar la barbacoa, rodeada de tres bancos de piedra para que los invitados se sentaran. Llegaba a la rotonda, bordeada de altos olmos y magnolios, cuando se detuvo, asombrada.

En medio del redondel, muy cerca de la barbacoa, había algo que se movía.

Al principio no vio bien lo que era, porque no había mucha luz, pero luego lo percibió más claramente.

Un niño negro, muy pequeño, estaba jugando con un perrillo blanco. El niño alzaba la mano, y el perrillo se empezaba en cogerle uno de los pies con sus dientecitos.

Mabel frunció las cejas. Esa escena... esa escena la había visto ella desde el automóvil, en el «Basurero». El mismo niño, de grandes ojos y el mismo perrito blanco y gordezuelo.

Pero... no podía ser. No podía ser. Alguien le había dicho que el crío negro había muerto. Entonces, debía ser otro niño y otro perro. Porque ella había visto cómo Rip y Colin mataban al perro a patadas. Y, además, ¿qué hacía el chiquillo negro en «su» jardín?

—¿Qué haces aquí? —preguntó en voz alta.

Ninguno, ni el niño, ni el perro le hicieron caso. Seguían ocupados en su juego.

Mabel avanzó hacia ellos.

—Vamos, vete de aquí —le dijo al niño. Este no la miró, pero el perrito ladró vagamente. Un ladrido que parecía proceder de muy lejos. Mabel se sintió enfurecida.

—¡Fuera de aquí! ¡Vamos, fuera!

Entre los magnolios, algo se movió. Mabel miró en aquella dirección y la sangre se heló dentro de sus venas. El corazón comenzó a latirle con violencia en el pecho. Desde la oscuridad, dos ojos fosforescentes la miraban con fijeza.

Mabel retrocedió un paso.

—¿Quién hay ahí? —dijo—. ¿Quién está ahí?

Algo se desprendió de las sombras, algo muy oscuro que avanzó hacia ella despacio.

Era un perro enorme. Los ojos le relucían y tenía agudos colmillos desenfundados. Nunca lo había visto.

Mabel retrocedió otro paso. El perro se le acercaba, con el vientre casi a tierra y sin mover el rabo. Mabel lanzó un grito. Sabía que ante un perro, un animal extraño y que no mueve el rabo, no se debe correr: hay que mirarle fijamente a los ojos y no demostrar miedo, porque la adrenalina que se desprende con el temor

impregna el sudor y los animales se excitan.

No, no debía correr, pero el miedo, un miedo inmenso, había hecho presa en ella. La respiración se escapó como un fuelle de su garganta y se volvió, ciegamente, para echar a correr.

Frente a ella, y sin que pudiera saber de dónde había salido, ni cuándo, había otro perro enorme, tan grande como el primero y tan negro.

También este la contemplaba con los ojos luminosos y los colmillos al aire.

—¡Mamá! —dijo casi inaudiblemente.

Los dos perros avanzaron hacia ella y Mabel gritó aguda, largamente un aullido escalofriante que despertó los ecos del bosque.

Ya estaban allí. Vio como el primero se preparaba para saltar, y ella hizo un quiebro para pasar entre ambos, para dirigirse hacia el camino. Detrás de sí sintió cómo el aire se desplazaba y con el rabillo del ojo, casi ciega ya, vio que el primer perro se la echaba encima. Casi sintió el hedor de las fauces.

Tropezó, cayó boqueando, y su cabeza chocó contra uno de los bancos de piedra. Allí murió su último alarido.

Fuera de la verja, Rip y Evelyn oyeron sus gritos. Los dos jóvenes se miraron, pálidos.

—Es Mabel —dijo Evelyn—. Por Dios, Es Mabel.

Rip y ella bajaron del coche y fueron hacia la puerta de la verja. La empujaron, y se detuvieron un instante.

—¡Mabel! —gritó Rip—. ¡Mabel! ¿Dónde estás? ¿Qué te ocurre?

Silencio. Un silencio ominoso, denso.

—¿No estará... gastándonos una broma? —preguntó Evelyn.

—No, esos gritos... eran de miedo —respondió su compañero—. ¡Mabel!

Silencio.

Rip avanzó unos pasos. Vio la glorieta, y en ella, a la débil luz del reverbero, algo blanco tendido en el suelo.

—¡Mabel!

Corrieron hacia ella. Mabel yacía con la cabeza junto al banco.

—¡No la toques! —chilló agudamente Evelyn—. ¿Qué le ocurre? ¡Por Dios qué le ocurre!

Rip ya estaba junto a su amiga. Trató de cogerle la cabeza, pero esta cayó de nuevo.

—¡Corre a la casa! ¡Avisa a alguien! —ordenó el chico.

—¡No iré por ese jardín! ¡No iré! —gritó agudamente, Evelyn, pataleando en el suelo.

—Pues quédate con ella. ¡Alguien tiene que avisar!

A lo lejos se oyó una voz que preguntaba que qué ocurría. Rip

alzó la suya.

—¡Aquí! ¡Vengan rápido!

Evelyn había apoyado la cabeza en el tronco de un magnolio y sollozaba inconteniblemente. Su cuerpo se estremecía con violencia.

Un momento después, el jardinero llegó, corriendo. Vio lo que sucedía y se inclinó sobre el cuerpo de la muchacha.

—¡Hay que avisar! —dijo—. Vamos, tú, chico, corre a la casa y avisa a la señora. Hay que llamar al médico.

Rip corrió hacia la casa. Minah lo esperaba en la puerta, con su negro rostro alarmado.

El médico y el policía llegaron poco después. Rip y Evelyn, a la que tuvieron que dar un calmante repitieron una y otra vez la historia. Cómo estaban esperando a Mabel en el coche —este tenía aún el motor en marcha—, y cómo oyeron los gritos. El jardinero, asintió. Él también los había oído.

El médico hizo que trajeran una camilla. Se había dado cuenta de que el corazón de Mabel latía aún débilmente. El golpe en la cabeza se la había fracturado.

Mabel recobró el conocimiento solo unos segundos. Los suficientes como para gritar débilmente: «¡Los perros, los perros, los perros...!» y luego volver a desmayarse.

Murió aquella misma noche, en el centro médico de Valley Springs, víctima de una hemorragia cerebral.

—Pero, ¿qué perros? —preguntó el jefe de policía a Rip—. ¿Qué historia es esa de los perros?

—Nosotros no vimos a ningún perro —declaró el chico—. Ninguno. Solo oímos los gritos de Mabel —y procedió a relatar monótonamente la misma historia. Su padre, dueño de los más importantes almacenes de la ciudad, estaba a su lado, con cara de ira.

—¿Quiere dejar ya al chico, Tecumseh? —dijo—. ¿No ve que está al borde del colapso nervioso?

—Lo siento, señor Ross, pero esa chiquilla ha muerto, y tenemos que establecer...

—¡Establezca lo que quiera, pero no va a seguir torturando a mi hijo! Vamos, hijo. Iremos a casa. Es muy lamentable y lo siento por la señora Waring, pero el torturar a mi chico no va a servir de nada.

—¿Vio usted la expresión de esa chica? —preguntó el médico de la policía cuando poco después Tecumseh Jones fue a verlo—. Es muy parecida, a la del otro muchacho. Desde luego ha muerto del golpe que se dio en la cabeza, pero parece como si hubiera visto algo horrible.

—No me venga con esas —respondió Tecumseh al que le dolía la

cabeza y que veía su puesto en peligro—. Ha muerto del golpe, ¿no? Eso no hay quien lo mueva. En el banco había sangre y cabellos de la chica.

El médico lo contempló con expresión extraña.

—Como quiera, Jones, pero ahí está.

No solamente se había dado cuenta el médico. Un reportero del «Telegraph» también se había dado cuenta. Pero antes de escribir su artículo, que pensaba encabezar con algún título estremecedor, consultó con su director.

El propietario y director del «Telegraph» era Bonnaker y una de sus dos hijas era precisamente Evelyn.

—No va usted a hacer nada de eso, Riley —dijo el director—. Mi muchacha está con un ataque de nervios, y una cosa así no serviría evidentemente para calmarla.

—Lo siento, señor —respondió el reportero—. Pensé que sería...

—Algo sensacionalista, ¿eh? Pues bien, usted viene del Norte, Riley y ya sé cómo hacen esas cosas allí. Pero mi hija está por medio. Además, ¿adónde nos llevaría una historia así?

—Pues... el otro muchacho, Colin Barclay tenía una expresión parecida, míster Bonnaker. Bien, como usted quiera, pero ¿no podría investigar un poco por mi cuenta?

—Eso sí puede hacerlo, pero revisaré todo lo que vaya a escribir.

—Esa chica era amiga de Colin y de su hija, ¿verdad? —preguntó Riley.

—Sí, lo eran, pero ¿qué piensa usted que tenga eso que ver con lo que ha sucedido?

—Nada, por supuesto. Puede ser una coincidencia.

—Lo es. Esta población tiene quince mil habitantes blancos y no cuento los mil negros. Es natural que chicos que van a la misma escuela sean amigos.

Riley no replicó, pero se propuso investigar. Su próxima visita fue al jefe Jones.

—No quiero dar información alguna —dijo Tecumseh—. Bastante dolor de cabeza tengo. Acabo de ver a *mistress* Waring. El doctor le ha dado un calmante, pero pude hablar con ella, antes de que se durmiese. Ni siquiera sabía que su chica fue a salir de casa. Pero los otros dos muchachos dicen que les había llamado para salir poco antes de que ocurriese eso.

—¿Por qué serían los gritos? —preguntó Riley.

—Maldito si tengo ni la menor idea. Riley, esto me puede costar caro.

—Pero, ¿usted qué tiene que ver con ello? Han sido accidentes, ¿no?

—Sí, pero cuando llegue la reelección, solo recordarán que dos

chicos han muertos bajo mi mandato. ¡Y no eran dos cualesquiera! ¡Los dos, hijos de dos de las personas más importantes de la ciudad! ¡Eso no lo olvidan los electores! ¡Así que no venga buscando sensacionalismos, porque de aquí no los va a obtener!

—No busco sensacionalismos —mintió Riley—. Lo único que quiero saber es por qué esos dos chicos tenían la misma expresión que si hubiesen visto algo horroroso, y además, esos gritos... Y los perros, no lo olvide, Jones. ¿Qué diablos es eso de los perros?

—¡No lo sé! No sé nada de los perros y me duele la cabeza. ¡Dios, cómo me duele!

Riley salió de la comisaría de policía.

CAPÍTULO 4

L

INDA Courtenay lo supo aquella misma mañana, cuando fue a casa del doctor Leavers a sus tareas. El médico estaba hablando con su esposa, sobre el asunto. No se calló cuando entró Linda.

—He estado hablando con el forense —dijo—. La señora Waring y su hija no son pacientes míos, pero estoy interesado en lo sucedido, como todos, por otra parte. Es curioso, muy curioso.

—¿Qué? —preguntó su esposa—. Linda, por favor, tráigame más café.

—Pues que la chica murió por el golpe en la cabeza, que le produjo un derrame cerebral, eso es indudable. Pero, ¿por qué chillaba?

—Chillaría antes, querido.

—Eso mismo, ¿por qué? Y luego habló de unos perros.

—Pudo ser un delirio, ¿no? Gracias, Linda.

—No, no lo creo.

Linda escuchaba mientras servía el café. Su hermoso rostro de ébano estaba impasible.

—Entonces, según tú, ¿qué pudo pasar?

—No lo sé, pero algo extraño... algo debió asustar a la chica, y ella cayó contra el banco. El forense ha sido muy explícito, pero como es natural, su informe no se hará público.

—Bueno, querido, esos chicos... Muchas veces he lamentado no tener hijos, lo sabes, pero cuando pienso en esos muchachos de hoy... Lo siento, Linda, no me había dado cuenta de que usted...

—No se preocupe, señora Leavers.

—Por cierto, puede usted llevarse mi vestido azul. Creo que he engordado. Con un poco de habilidad podrá arreglarlo para usted.

—Gracias, señora Leavers.

Linda volvió a la cocina. De un bolsillo de su vestido sacó una fotografía de Ike y lo contempló durante unos instantes. Luego volvió a guardarla. No lloró.

Salió para hacer las compras para la casa. Pese al calor, anduvo airosa hasta el mercado. En él, todo el mundo hablaba de la nueva tragedia. Escuchó los comentarios sin hacer ninguno por su cuenta.

Por la tarde cogió el vestido azul y se despidió de la señora Leavers. Cuando caminaba por el camino que llevaba al «Basurero», el barrio negro, la alcanzó el coche patrulla.

Minton iba solo también esta vez.

—Hey, Linda —dijo—. Supongo que ya habrás oído hablar de la noticia.

—Sí, señor Minton. Es terrible, ¿verdad?

—Lo es. Dios, una tragedia.

Se limpió el sudor de la frente, tras de quitarse la gorra.

—Linda, ¿no estaba quizá esa chica entre los que vinieron al «Basurero» cuando lo de tu hijo?

Linda se alertó. Pero nada en su cara lo delató.

—No lo sé, señor.

—Era solo una pregunta. Esos chicos andaban siempre juntos. ¿De veras no lo sabes?

—No, señor Minton.

—Escucha, la mujer que cuida mi casa no acaba de gustarme. No limpia bien. ¿No podrías ocuparte tú de hacerlo?

En los Estados del Sur y sobre todo en las poblaciones pequeñas, un negro no debe mirar fijamente a los ojos de un blanco. Podría este quejarse de insolencia o insulto. Pero Linda no necesitaba mirar fijamente a los ojos del agente Minton para saber lo que este estaba pensando.

En su casa ya encontraría algún instante para encontrarse a solas con ella.

¿Luego? Muy fácil: si las cosas no se descubrían, Minton se saldría con la suya. Sí alguien lo descubría, siempre podría decir que la negra le había provocado hasta que ya no pudo más. Si ella se negaba a acceder a sus deseos, él la echaría y ¡ojol!: si hablaba o se lo contaba a alguien, sería la palabra de un negro contra la de un blanco. La trampa estaba bien montada.

—Estoy muy ocupada en casa del doctor, señor Minton.

—Bueno, pero ¿no podrías hacer un hueco para mí? Puedo pagarte, aunque no soy rico.

—Lo sé, señor Minton. Bien en todo caso iré una tarde a su casa y la limpiaré. Luego no sé si podré seguir yendo.

—Bueno, avísame para que yo sepa cuando vas a ir.

—Sí, señor Minton.

Iría una vez, una sola vez. Con eso bastaría. Luego se negaría a seguir, aduciendo cualquier excusa.

Dos noches más tarde, Linda vio pasar al patrullero, que esta vez iba acompañado por otro policía.

—Señor Minton —dijo—. ¿Recuerda que me pidió que fuera a su casa a darle una limpieza?

—Sí, por supuesto —respondió Minton ligeramente disgustado de que le hubiera abordado cuando no estaba solo.

—Bien, el sábado, si le parece bien. Lo tengo libre en casa del doctor Leavers.

—Está bien, Linda.

Linda entró en su casa. El compañero de Minton se quedó mirando a este.

—Lástima que sea negra —dijo—. La tía está estupenda. ¿Te has fijado qué piernas y qué caderas?

—Lo único que necesito es una limpiadora, porque la que tengo es bastante sucia. No me interesan las negras —respondió Minton adustamente.

—Pues a mí no me importaría tenerla en la cama un rato.

—No me interesan los líos interraciales —volvió a responder Minton.

El sábado, Linda fue a casa de Minton, situada en la parte baja de la ciudad. Minton estaba libre de servicio y le abrió la puerta.

Ya se había ocupado de decir a los vecinos que seguramente cambiaría de limpiadora.

Linda se puso al trabajo inmediatamente. Minton fingía estar ocupado mirando la televisión y leyendo unas historietas, pero sus ojos no se apartaban de la majestuosa figura de la muchacha. Sentía la boca seca, la piel ardiente. Estaba excitándose peligrosamente, pero se decía a sí mismo que debería tener calma. El primer día no debía hacer nada. Pero si ella quedaba contenta, volvería y en cualquier ocasión podría intentar el abordaje.

Linda entró en el dormitorio, y se puso a hacer la cama. De la almohada recogió unos cuantos cabellos que guardó cuidadosamente en una bolsita de plástico. Pero necesitaba algo más.

Minton estaba en pijama. El calor era sofocante. No corría ni la menor brisa. Andaba descalzo. Al cabo de un rato cuando terminó con el dormitorio. Linda volvió a la salita.

—Tiene usted las uñas de los pies demasiado largas, señor Minton —dijo.

—¿Sí? —respondió el otro roncamente. Linda llevaba un vestido azul celeste, un poco ajustado a las caderas y en el pecho. Su piel oscura brillaba—. Tendré que cortármelas.

—Hágalo, señor Minton y así podré limpiar aquí.

—Sí, es lo que debo hacer —respondió el otro. Respiraba un poco pesadamente.

—Dios, qué calor hace —dijo un poco después, mientras se cortaba las uñas de los pies—. Creo que me daré otro baño.

Su deseo hubiera sido decirle que se bañase ella también, pero

eso era completamente imposible. A él no le importaría, pero, ¿y si Linda decía en alguna parte que había ocupado el baño de un blanco?

—Sí, señor —respondió Linda. Cuando el otro desapareció en el cuarto de baño, cuya puerta dejó deliberadamente abierta, ella recogió un montoncito de recortes de uña y los guardó en la bolsita de plástico, junto con los cabellos.

Por fin terminó de limpiar. Ni una sola vez había mirado hacia el baño, cuyo ducha se oía continuamente.

—Señor Minton —dijo. Este apareció, con una toalla liada a la cintura. Linda sonrió interiormente. ¿Esperaba acaso aquel imbécil que ella quedase aturdida y admirada al ver su blanco cuerpo? Tendría que haber visto a su marido. Aquel sí que era un espléndido ejemplar de hombre y de macho.

—Ya he terminado, señor Minton.

—Ah, sí, claro —lanzó una mirada a su alrededor—. Está muy bien, Linda. Lo has hecho perfectamente.

Le pagó. Linda dio las gracias.

—¿Volverás, Linda?

—Pues... no lo sé, señor Minton. Tengo tanto trabajo... aunque es un placer trabajar para un caballero como usted.

—Vuelve, entonces —dijo en su voz había un tono casi suplicante. Se hubiera pegado a sí mismo. Suplicar a una negra... ¡puah! En otras circunstancias la hubiera derribado sobre la cama y... Pero tenía que pensar en su carrera y en su sueldo.

—Veré, señor Minton —respondió ella abriendo la puerta. Y se marchó.

Esa misma tarde emprendió el camino. Un viejo «Ford», guiado por un negro tan viejo como el coche, la recogió. Luego, la subida a la montaña, hasta la cabaña sombría.

—Abuelo —dijo cuando el viejo le abrió la puerta—. Aquí le traigo más.

—Linda —dijo el abuelo—, ¿no estás llevando esto demasiado lejos? ¿No son muchos?

—¡No! —respondió ella salvajemente—. Aún son pocos. ¿Es que no quieres ayudarme?

—Sí, pero creo que es demasiado. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, y tú lo sabes, abuelo. Dos. Ya van dos.

El abuelo la miraba con sus ojos casi cerrados.

—Dos... —dijo—. Está bien. En cuanto a este...

—Un cerdo lujurioso. Nadie lo va a llorar, y eso es lo que siento. Los otros son llorados como yo lloré a mi Ike. Ya no necesito tu medicina, abuelo.

—Ya lo veo. Me alegro. Es fuerte, muy fuerte, pero si alguna vez

quieres tomar un poco...

—No, por ahora no.

A la mañana siguiente volvió a su casa.

El reportero Riley, que había nacido en Philadelphia, se encontró al agente Minton en un bar. El periodista le invitó a una copa, ya que Minton estaba fuera de servicio ese domingo.

—¿Puede decirme algo sobre las muertes? —preguntó Riley.

—Nada. Hable con el jefe Jones.

Riley le pagó otra copa. Minton estaba nervioso y distraído.

—Esos chicos iban siempre juntos, ¿verdad?

—Sí, eso tengo entendido. Pero, no pensará escribir sobre ellos, ¿verdad? Sus padres...

—No, por supuesto. Es simple curiosidad. Por otra parte, mi director no lo permitiría. Es muy amigo de los padres de ellos.

—Su hija también iba con ellos.

Ahora fue Minton el que pagó la copa. Le convenía estar a buenas con la prensa, que de vez en cuando le pagaba con una noticia con su nombre. Por otra parte, Minton parecía haber bebido bastante.

A la cuarta copa, que tomaron en otro bar, porque a Minton no le convenía que lo vieran beber mucho en el mismo sitio, el agente soltó la lengua ligeramente.

—Los muchachos son los muchachos, ya se sabe. Bueno, me refiero a esa pandilla. A veces hemos tenido algún disgusto con ellos, porque arman jaleo en la bolera y en algún otro sitio.

—¿También la hija de mi jefe?

—Bueno, esa es quizá la peor —se detuvo bruscamente—. Quiero decir la más revoltosa, por supuesto. En cierta ocasión me dio una patada en la ingle, mientras uno de sus compañeros trataba de abrirme la cabeza con una botella.

—Pero no hubo denuncia, claro.

—Hombre, denuncie usted a la hija del director del «Telegraph», y verá lo que le cae encima.

—Dígamelo a mí. Unos angelitos, ¿eh?

—Bueno, la última fue que echaron una lata de aceite en la carretera cuando un patrullero los perseguía en moto. Un patrullero del Estado. A setenta millas por hora, amigo. Se hubiera matado de no ser porque era un excelente conductor.

—Eso es una canallada, Minton.

—Usted lo dice, no yo. Mi jefe lo llamaría una travesura juvenil, Riley. Le costó mucho conseguir que la policía del Estado no los pusiera a la sombra, pero tendrán que pagar una multa y a la próxima vez...

—Mi jefe no ha dicho nada de eso, pero debe saberlo.

—¡Claro que lo sabe! Se lo comunicó extraoficialmente por medio de Jones. Pero no dijo nada. Su otra chica es buena, pero la mayor... Y estoy seguro de que estaban metidos en el asunto del perro.

Riley frunció las cejas.

—¿El perro?

—Sí. Un grupo de ellos, se fue al «Basurero», buscando un chico negro que les había insultado. El negro se había marchado. Entonces mataron un perrillo, del hijo de mi limpiadora, y al chiquillo alguien le golpeó... bueno Riley, si dice usted algo, lo desmentiré.

—Por supuesto. Siga.

—El chiquillo se dio un golpe y murió. Bueno, por lo menos eso es lo que dice su madre.

—Pero conociendo a esos angelitos, usted lo cree, ¿verdad?

Minton ya estaba bastante bebido.

—Vaya si lo creo. Y el caso es que esa Linda es una buena mujer.

En su mente se formaron varias visiones de Linda, vestida, desnuda, en traje de baño e incluso sobre unas sábanas blancas. Tragó saliva y se engulló otra copa.

—Ya —dijo Riley—. Bueno, amigo tengo que trabajar aún.

—Y cierre la boca sobre lo que hemos hablado.

—No se preocupe.

Riley cogió su coche y se dirigió rectamente al «Basurero». Este estaba separado del pueblo por un camino de una milla y media. Había en él algunas casas de ladrillo, entre ellas la escuela, la iglesia y tres o cuatro tabernas. Riley se metió en una de estas, ocupada por unas cuantas docenas de negros.

Por regla general, los blancos no entraban allí. El tabernero le atendió.

Riley pidió *whisky* y luego preguntó.

—¿Me pueden indicar dónde vive una mujer que se llama Linda? Creo que ha perdido a un hijo hace poco.

—Linda Courtenay —respondió el tabernero—. Una buena mujer, señor.

—Ya lo sé. Me han hablado de ella. Quisiera contratarla, si es posible.

—Vive a la entrada del poblado, señor. Tiene un buzón con su nombre en la puerta.

—¿No será muy tarde?

—No lo sé, señor. Pero tal vez, no.

Riley encontró la casa enseguida. Había luz en una de las ventanas. Llamó a la puerta y Linda le abrió. Al instante, Riley la reconoció. La había visto alguna vez en el «Self Service» y le había

llamado la atención.

—¿La señora Courtenay?

—Sí, yo soy. ¿Qué desea?

—Me llamo Riley y soy periodista. ¿Podría hablar unos instantes con usted?

—Yo... ¿qué desea, exactamente, señor?

—Hacerle unas preguntas. Y saber si podría usted trabajar para mí, ¿puedo pasar?

—Sí, pase.

Entró. La casa estaba muy limpia. En un rincón había un aparato de televisión y una camita de niño. Riley la miró.

—He oído decir que perdió a su hijo. Lo siento, señora Courtenay.

Linda no respondió, pero le señaló una silla. Ella continuó de pie.

—Lo siento, señor Riley, pero ya tengo todo el trabajo que puedo hacer. ¿Qué preguntas eran esas?

Riley se dio cuenta de que había dejado la puerta abierta. Lo comprendió:

—Señora Courtenay, ¿de qué murió su hijo?

—De un golpe. Se dio un golpe y tuvo una hemorragia.

—Lo siento. Pero, ¿ocurrió algo para que se diera ese golpe?

Linda se irguió ligeramente. Su rosada boca se entreabrió.

—Señor Riley, ¿puede decirme exactamente lo que desea? Soy una mujer muy torpe y no entiendo bien. Mi hijo murió y está enterrado. El médico dijo que era a consecuencia de una hemorragia interior. No sé nada más.

—¿No lo golpearon unos muchachos blancos?

—No, señor. Los policías dijeron que no.

—Yo no soy policía, señora Courtenay. Ni siquiera soy de aquí, sino de Philadelphia, en el Norte. Trabajo aquí porque me gustó el lugar y quiero hacer una serie de reportajes antes de volver a mi tierra. Espero no estarla molestando.

—Me di cuenta de que era del Norte cuando me llamó señora Courtenay. Además, el acento —respondió Linda—. ¿No quiere tomar algo?

—No se moleste, por favor.

Linda exprimió una naranja y le añadió algo de *whisky*. Se lo tendió.

—Y ahora, por favor, ¿qué quiere?

—Supongo que usted vio algo, pero no quiere hablar de ello, ¿verdad?

—No vi nada, señor Riley.

—¿Sabe usted que han muerto dos chicos, dos que

acompañaban a Colin Barclay el día que mataron al perrito de su hijo?

Linda seguía en pie.

—Señor Riley —dijo—. Le he atendido y he contestado a sus preguntas. Le he ofrecido algo de beber y me he mostrado tan respetuosa como debe hacerlo un negro ante un caballero blanco. ¿He faltado en algo a la educación o al respeto?

—Por supuesto que no, señora Courtenay—. Se puso en pie, un poco sofocado—. Solo quería... Bien, lo siento. Ya me voy. No he querido ofenderla ni molestarla, yo tampoco.

—No ha bebido su naranjada, señor Riley.

—Le ruego que me perdone. Me gano la vida haciendo preguntas, y eso a veces molesta. Sé por un tal Minton que su hijo sufrió un accidente y que probablemente fueron unos gamberros intocables los que tuvieron la culpa. Recojo datos como estos, uno aquí, otro allá, para luego escribir un libro.

Hizo una pausa mientras ella lo miraba.

—He tomado parte en marchas de la libertad, aunque si eso se supiera aquí en la ciudad, me costaría el puesto. Odio la segregación con todas mis fuerzas, lo crea o no. Y ahora, si me lo permite, me marcharé.

—¿Era verdad eso de que necesitaba una mujer para que le limpiase la casa, señor Riley?

—Pues, aunque no lo crea, lo es. Pero en realidad, no puedo pagar mucho. Por eso me he ido arreglando solo hasta ahora.

—¿Quiere otra naranjada? Yo voy a tomar una.

—Pues, sí. Hace un calor del diablo.

Linda preparó las bebidas y les echó hielo. Luego, fue a la puerta y la cerró.

—No sé si el golpe que se dio mi hijito fue la causa de su muerte. También pudo ser la pena que le dio ver cómo mataban a patadas... a patadas a su perrillo. Pero eso hay que olvidarlo, señor Riley.

—Es curioso —dijo Riley—. La hija de la señora Waring murió gritando algo así como. «Los perros, los perros».

Linda no movió un músculo.

—¿Estaba esa muchacha entre los que mataron al cachorrillo de su hijo?

—No lo sé, señor Riley. No vi a nadie.

—Ya. Bien, me tengo que marchar.

—Quizá —dijo Linda—, pudiéramos arreglar lo de la limpieza. ¿Dónde vive?

Riley se lo dijo. Luego le tendió la mano y ella se la estrechó.

CAPÍTULO 5

E

N el cuarto de Evelyn Bonnaker se encontraban esta, Rip Ross y Jay Cattin, el hijo del abogado Cattin. Los tres estaban fumando y bebiendo Coca-Cola, a la que le habían añadido vodka de una botella que llevó Rip.

Bonnaker y su esposa no volverían hasta el día siguiente, lunes. Por tanto tenían la casa a su disposición.

No habían bailado. Aún estaban bajo la impresión de la muerte de los que fueran sus compañeros inseparables. Pero sí habían bebido bastante.

—¿Qué fue lo que les asustó? —preguntó Jay por enésima vez—. ¿Qué fue lo que les hizo gritar antes de morir?

—¡Oh, Dios cállate ya! —pidió Evelyn.

Tenía puestos unos *shorts* y una bolera que le cubría solamente los senos, con los que su vientre y sus muslos, algo gruesos, estaban al aire.

—Pero, ¿por qué ellos?

—¡Porque a ti te puede caer una teja encima, o te puedes estrellar con el coche estando borracho! Por eso. Un accidente y... ¡ggg!

Jay era un muchacho delgado, con los dientes ligeramente salientes.

—Colin no estaba enfermo del corazón, eso lo sabemos todos. Y Mab no se escurrió como dicen, para golpearse contra el banco. Vosotros la oísteis chillar.

—¡No me lo recuerdes! —gritó Evelyn.

—No tenemos más remedio. ¿Qué clase de gritos eran?

—De terror —respondió Rip estremeciéndose—. De terror. Chillaba como si algo la hubiese asustado y mucho.

—¿Lo veis? ¿Qué fue? ¿Por qué según dicen habló de unos perros?

—No había perros por allí. Los hubiéramos visto. Ellos no los tienen y no hay perros salvajes por aquí. Todo el mundo lo sabe.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué lo dijo y por qué chilló?

—¡Estás borracho!

—No lo estoy. Quiero saber.

Evelyn se tapó los oídos, se puso en pie y fue al tocadiscos estéreo. Lo puso en marcha.

—Con eso no lograrás olvidarte —le dijo Jay—. Solo aturdirle.

—¡Pues me aturdo, hijo de perra! ¡No quiero acordarme más de aquellos gritos y de la cabeza de Mab! ¡No quiero!

El tocadiscos apagó las palabras de todos. Durante unos instantes permanecieron en silencio.

—Me pregunto —dijo Jay de pronto— si será solamente la casualidad... ¡Baja eso, maldición!

—¡No quiero!

Y Evelyn puso el volumen más alto aún.

Jay se encogió de hombros y miró a Rip. Este le imitó. Cuando Evelyn se ponía así era mejor dejarla.

Por último, Evelyn bajó el volumen. Lo miró desafiante.

—Si volvéis a hablar lo mismo, repito la escena. ¿Por qué no nos vamos a la bolera o a dar un paseo en coche?

—Mi padre me lo ha prohibido —dijo Rip—. Lo del policía patrullero le ha sentado muy mal.

—Lo mismo me ha dicho el mío —intercaló Jay—. Creo que durante algún tiempo debemos dar a los viejos fósiles la oportunidad de no meterse con nosotros.

—Pero en la bolera... —insistió Evelyn—. Vamos a la bolera.

—O al «Basurero» —dijo Rip.

—¿Por qué al «Basurero»?

—¿Recordáis cómo saltaba el perrito de aquel maldito crío?

Evelyn lo miró.

—No quiero que hables de perros.

—Pero aquel era un... cachorrillo.

—¡Lo que sea, no quiero que habléis de perros!

—¡No quieres que hablemos de nada! —replicó Jay violentamente—. ¿Por qué no te mueres de una vez? Vámonos, Rip.

—No iréis a dejarme sola tan pronto.

—Si sigues así, sí.

—Está bien. Vamos a la bolera.

Fueron a la bolera. Cuando salieron de ella eran las doce y media. Subieron la cuesta que llevaba a los «Hights» andando, en la noche que olía a magnolio en flor y a resina de pino. Lo hicieron cantando, en voz baja, para no despertar las protestas de algún vecino. Dejaron a Evelyn en su casa y los dos muchachos se quedaron un momento parados. Las casas estaban separadas de la carretera y de las calles por jardines, que las aislaban casi por completo. Un coche de la policía los adelantó. Los agentes los miraron fijamente y uno de ellos gruñó algo pero el coche siguió.

—Que hijos de perra —dijo Rip—. Seguro que están hablando del aceite. ¿Qué te parece Evelyn? Algo le ocurre.

—Es una histérica.

Echaron a andar. Fue en ese momento cuando oyeron los gritos. Eran unos aullidos que estremecían los tímpanos.

Los dos chicos se miraron. Luego, sin decir una sola palabra corrieron volviendo sobre sus pasos.

—¡Evelyn! —dijo Rip jadeante.

Llegaron a la puerta de la verja y la empujaron. Los gritos volvieron. En una casa cercana, alguien gritó también, preguntando qué ocurría.

Los dos chicos entraron en el jardín. Los gritos venían de cerca de la casa. Se detuvieron un momento, indecisos.

—¿Y si hay... algo?

—¡Vamos! —ordenó Jay—. Tenemos que verlo.

Fueron hacia la casa. En el porche de esta había un farol y a su luz vieron algo que se movía. Debía ser Evelyn, porque llevaba un vestido azul y la mancha era azul. Se movía de un lado a otro sin dejar de gritar.

—¡¡Evelyn!! —gritó Rip—. ¿Qué te ocurre?

Los gritos se repitieron. Rip y Jay avanzaron hacia la figura y vieron que Evelyn se revolcaba por el suelo. Al mismo tiempo, otro sonido se mezcló al de los gritos. Se trataba de la sirena de un coche de la policía.

Rip y Jay miraron a su alrededor. Nada. Pero Evelyn seguía revolcándose entre gritos y estertores. Los dos jóvenes la miraron asombrados y aterrados.

—¡Le ha dado un ataque! —dijo Jay—. Hay que hacer algo, llamar a un médico.

Súbitamente Evelyn se quedó quieta la mandíbula caída, los ojos cerrados y estertorando.

—Hay que meterla en casa.

—Ella tenía las llaves.

La sirena cesó de funcionar y dos sombras grises entraron en el jardín a grandes zancadas. Eran dos policías.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de ellos—. ¡Dejad a esa chica!

—Intentábamos llevarla a casa —replicó Rip—. Le ha dado un ataque o algo así.

—No la toquéis.

Se inclinaron sobre ella. Evelyn jadeaba penosamente.

—Vete al auto y llama a un médico —ordenó uno de ellos, un sargento, al otro—. ¿No está abierta la casa?

—No lo sabemos. Ella debe llevar las llaves. Nosotros nos íbamos, cuando oímos los gritos...

—Os vimos.

El policía miró a su alrededor. El pequeño bolso de Evelyn estaba caído unos metros más allá. Rebuscó en él y sacó un manojó de llaves.

—Quizá sea mejor no meterla en la casa —dijo—. Habrá que llevarla a un hospital. Es la hija de míster Bonnaker, ¿no?

El médico llegó poco después, en otro coche policíaco. Detrás venía una ambulancia.

Se llevaron a Evelyn, el jefe Tecumseh Jones comenzó a interrogar a Jay y a Rip. Estos explicaron su historia, corroborada por los dos patrulleros. Estos habían sido llamados por un vecino que oyó los gritos.

—¿Qué le ocurre a Evelyn? —preguntó Rip.

—No lo sabemos, chico. Mejor que os vayáis a vuestras casas.

—Pero, ¿qué ha sido? ¿Un ataque o algo así?

—Sí, algo así ha debido ser. Vamos, id a vuestras casas. Un patrullero os acompañará.

Tecumseh comprobó que en la casa no había nadie y llamó al periódico para ver si lograba localizar a míster Bonnaker. Fue Riley quien atendió la llamada.

—Míster Bonnaker no está aquí. Creo que ha salido de la ciudad con su esposa. ¿Qué ha sucedido?

—Su hija ha sufrido un ataque, tal vez. La hemos llevado al Centro Médico.

Riley dejó la máquina de escribir, se puso una chaqueta blanca de hilo y saltó a la calle. En su coche tardó menos de cinco minutos en llegar al Centro Médico.

—No puedo decir nada —dijo la recepcionista—. La chica está con los médicos.

Riley esperó paseando y fumando por el vestíbulo. Luego, aprovechando que acababan de entrar una camilla con un herido en accidente subió al primer piso. Una enfermera le dijo que la señorita Bonnaker había sido internada y estaba en el número 112.

Riley fue hacia allá. En la puerta había una enfermera.

—¿Cómo está? —preguntó Riley.

—¿Es usted pariente de la paciente?

—Sí —mintió Riley.

—No puedo decirle nada. Ahora saldrá el doctor.

Salió al poco tiempo. El doctor un hombre joven, se quedó mirando a Riley. Se había conocido en una conversación médica que Riley cubría.

—¿Ya está la prensa? —preguntó.

—Trabajo en el periódico del padre de la chica y ni él ni su esposa están en la ciudad.

—Ya lo sé.

—Bueno, doctor, ¿qué es lo que ocurre?

—Un shock nervioso fortísimo. La hemos sedado.

—¿No ha sido un ataque o algo así?

—No, no creemos. Más parece un shock nervioso, repito. Le haremos algunos encefalogramas tan pronto como sea posible.

—¿Decía algo? Es que tengo que hablar con míster Bonnaker — mintió—, y me gustaría adelantarle algo.

—¿Puede usted hablar con él, dónde quiera que esté?

—Lo voy a intentar.

—Pues bien, decía algo muy raro. Hablaba de unos perros que querían devorarla. Cuando vino estaba sin sentido, pero lo recobró poco después y se puso a gritar eso. Unos perros que querían matarla.

Riley tragó saliva. Allí estaba. Otra vez los perros.

—¿Algo más dijo? —preguntó.

—No solo eso. Los perros que querían devorarla, según dijo.

—Doctor, ¿está en peligro?

—No creo. Pero hasta que no haya salido de la sedación no sabremos exactamente cómo reaccionará.

—Gracias, doctor. Hasta mañana no habrá nada, por supuesto.

El sedante obrará por lo menos doce horas. Hemos tenido que darle algo bastante fuerte.

—Gracias.

Volvió al periódico, donde otros redactores ya sabían la noticia. El redactor jefe, avisado por uno de ellos llegó al poco tiempo. El sí sabía donde estaba Bonnaker y se apresuró a llamarle por teléfono. Estaba en Atlanta. Cuando terminó de hablar con él, se volvió a Riley.

—Bien, ya que empezó usted, cubra la información. Pero no publicaremos ni una palabra hasta que nos llegue Bonnaker. Viene en avión.

Riley se marchó a la jefatura de policía. Tecumseh acababa de llegar.

—¿Ha hablado usted con los médicos, Jones? —preguntó Riley.

—Sí, ¿por qué?

—La chica ha estado hablando de perros que querían morderla. Pero no hay señal alguna en su cuerpo de que eso sea cierto.

Jones lo miró de través.

—Veo que ya ha estado metiendo usted las narices en el asunto, Riley.

—Soy redactor del periódico de míster Bonnaker. ¿Algo que oponer, Jones?

—No lo entienda mal. No había perros. Es un delirio de la chica,

supongo.

—También la otra chica habló de perros, ¿no? ¿Qué es eso, Jones? ¿No habrá perros salvajes o no salvajes sueltos por los «Hights»?

—¡Diablos, no! Mucha gente tiene perros allí, pero no son perros que suelten por la noche. No tengo ni idea de qué diablos pueda significar eso, Riley. Mis hombres están yendo casa por casa controlando los perros, pero ya le digo que... Por otra parte, la chica no había sido mordida ni cosa parecida.

Cuando Bonnaker su esposa y su hija menor llegaron, Riley y el redactor jefe los esperaban en el aeropuerto. Las preguntas les llovieron como balas mientras rodaban hacia el Centro Médico.

Luego, Riley fue a los «Hights», y estuvo un rato observando las ideas y venidas de los policías. Jones se les reunió.

—Nada —dijo uno de los sargentos—. Hay algunos perros grandes, pero están perfectamente controlados. Y nadie dice haber visto perros salvajes. ¡No hay esa cosa en la ciudad, ya tenemos cuidado de ello!

Riley tomaba nota de todo, mentalmente. A las cuatro de la mañana, sin haberse acostado se pasó por el centro médico. Míster Bonnaker lo recibió en una sala de espera.

—Riley, ¿qué ocurre, en realidad? No me fío de Tecumseh. Mientras solo se trata de coger a algún negro ladrón o algún blanco pobre, se le da muy bien su uniforme de opereta, pero ahora...

—No lo sé, señor Bonnaker. Pero si usted me encarga de ello...

—Nada de sensacionalismos, ¿eh? Mi hija está en este momento drogada, y quizá nos comunique algo cuando se recobre. Nunca me gustaron esos chicos con los que iba, por otra parte.

—Haré una investigación por mi cuenta, míster Bonnaker. La chica corre peligro, ¿verdad?

—Los médicos dicen que no, pero mi esposa está acongojada. Evelyn nunca ha tenido ataques, ni nada de eso. Es una chica absolutamente sana y los médicos la han reconocido varias veces últimamente. ¡Por Dios, si algo le ocurre...! ¿Y qué es eso de los perros?

—Estoy investigándolo, señor Bonnaker. No hay perros salvajes que hayan podido asustar a la niña.

—Si ese maldito Jones no descubre pronto qué ha ocurrido, levantaré una campaña contra él y lo haré salir de la ciudad.

Riley volvió a la redacción. Eran las cinco de la mañana. Se dirigió a los archivos del periódico y preguntó al archivero quién se ocupaba de la sección que se refería a los negros. Incluso un periódico de blancos en el Sur se ocupaba de ellos.

—Poco hay —respondió el encargado del archivo—. ¿Qué

quieres saber?

—Un tal Courtenay. ¿Hay algo?

El encargado volvió con un sobre marrón. Sacó de él un recorte.

—Esto es.

Lo leyó. Se trataba de que hacía tres años un obrero agrícola, empleado en las desmotadoras de algodón había sido atrapado por una de estar por un brazo. No habían podido cortárselo a tiempo y había muerto gangrenado.

Estaba casado con Linda Beauregard, nieta de un negro medio loco que vivía en la montaña.

—¿Hay algo de Beauregard?

El archivero buscó. Otro recorte: «Jeanot Beauregard había sido acusado de fabricar alcohol durante la prohibición, pero no había podido ser demostrado. Según el periodista, los agentes del gobierno no habían descubierto en su cabaña más que una especie de basurero de cosas, más propias de un hechicero, que de un destilador clandestino».

Riley devolvió los recortes, se fue a su mesa, puso los pies sobre ella y se entregó a pensar.

CAPÍTULO 6

L

A joven Evelyn Bonnaker salió de la sedación al día siguiente a las siete de la tarde. Los médicos estaban junto a ella. Tan pronto como recobró la lucidez, se puso a llorar y a decir que los perros habían intentado devorarla. Su padre le hizo algunas preguntas, pero no pudo sacar nada más y la chica se excitaba tanto que el médico volvió a sedarla. Dijo, eso sí, que eran dos perros enormes, negros y que se habían lanzado sobre ella, cuando estaba mirando a un crío negro que jugaba con un perrillo.

—Está delirando —dijo el padre, lívido.

—Puede ser —respondió el médico—. Ha sufrido un shock muy fuerte.

—Doctor, dígame la verdad, lo prefiero. ¿Le han hecho algún análisis de sangre?

—Sí. Y si quiere usted decir que había tomado alguna droga, ácido lisérgico o algo así, le diré que no. Solo tenía alcohol. Eso sí, un poco subido, pero no es una alcohólica. No puede tratarse de eso.

—Pero entonces, esas alucinaciones...

—No lo sé. Le haremos unos electroencefalogramas, pero no podemos hacerlo ahora. Los resultados no serían buenos. Esperaremos.

Riley estaba cerca y se enteró de todo ello. Había una extraña expresión en su rostro cuando dejó el centro médico. Fue a su casa a darse una ducha y mientras estaba en ella oyó llamar a la puerta.

Riley vivía en un edificio de apartamentos. El suyo se componía solamente de una minúscula salita, el dormitorio el baño y la cocinita.

Se asomó al salón.

—¡Espere un poco! —gritó—. Estoy en la ducha.

Se puso la bata, tras de secarse y abrió. Linda Courtenay estaba en el umbral.

—Oh, lo siento. Pase. Si espera un momento, me vestiré.

—No es necesario, señor Riley. ¿Sigue pensando que necesita una mujer de la limpieza?

—Eche una mirada mientras me visto y verá que sí.

Se puso un pantalón y una camisa. La salita estaba llena de papeles, y aunque Riley había intentado limpiarla, varias veces, algo no funcionaba. También lavaba los cacharros, pero no lo hacía bien. Encontró a la muchacha negra mirándolo todo con aire profesional.

—Sí —dijo—. Lo necesita.

—¿Qué cobra usted por hora?

—Dos dólares.

—Bueno, si puede usted venir un par de horas o tres a la semana, un día, quizá pueda permitirme ese lujo. No le engañaré...

Mientras abría la nevera para sacar una Coca-Cola y cerveza, siguió hablando.

—No le engañaré. Mi sueño es marcharme de aquí, de los Estados Unidos. Establecerme como escritor independiente en París, por ejemplo, o Madrid o Roma. Por eso ahorro casi todo lo que gano. Tenga. Aquí nadie la verá.

—Lo comprendo. Sí, creo que podré venir. Bien, míster Riley...

Riley le ofreció ambas cosas. Ella eligió la Coca-Cola, y él se bebió la cerveza.

—Un lugar en que usted pueda beber conmigo sin que alguien pueda observarla por una ventana y ponerse a vociferar. He dicho usted, pero quiero decir cualquier persona de color.

Linda llevaba un vestido de color heliotropo, y un pañuelo amarillo anudado a la cabeza.

—Eso también puede hacerlo en el Norte, Riley.

—Sí, pero estoy cansado de los Estados Unidos. No se lo diga a nadie, me llamarían mal patriota. Cuando estuve en París me encantó. ¿Cómo se llama usted de apellido, señora Courtenay?

—Beauregard. Es un apellido francés, ¿no? Mi familia procedía de Louisiana.

—Sí, lo es. ¿Nació usted, aquí, en la ciudad?

Ella le clavó los ojos. Eran unos ojos grandes, con la córnea blanca y no amarillenta como la de muchos negros. Ojos rasgados, y muy bellos. De hecho la joven era una de las mujeres más hermosas que había visto.

—No. Mis padres vivían en una cabaña en las montañas. Murieron y mi abuelo me cuidó. Se lo digo, porque cualquiera a quién preguntase se lo comunicaría enseguida.

—¿Qué le hace pensar que yo iba a ir haciendo preguntas acerca de usted?

—¿Por qué fue a buscarme? —retrucó ella.

«Tocado», pensó Riley. «Es lista como ella sola».

—Seré sincero —respondió—. Había oído la historia de su niño y del perrito, y quería saber si era verdad y si esas cosas sucedían

aún en el Sur. Quiero decir, que un niño fuera casi deliberadamente dejado morir para evitar que unos gamberros indecentes pudieran verse en un conflicto. Un conflicto muy pequeño por otra parte. Ahora ya se lo he dicho, señora Courtenay.

—Todo el mundo me llama Linda —respondió ella suavemente.

—Sí, es posible, pero si usted no puede llamarme Jack como no sea en privado, me parecería una impertinencia llamarla por su nombre.

—Gracias —fue la respuesta—. Vendré a arreglarle un poco esto. ¿No tiene aspiradora de polvo?

—No.

—Bien, es lo mismo. Vendré el sábado.

—Gracias, señora Courtenay. ¿Ha oído usted hablar de lo que ha ocurrido a la hija de mi jefe? Me refiero a Evelyn Bonnaker.

—Sí, señor.

Riley pensó un instante.

—¿Sabe lo que dijo la chica cuando se recobró?

—No, señor.

—Que había visto dos enormes perros que la atacaban, y que había visto también a un niño negro jugando con un perrito.

Linda guardó silencio. Un silencio espeso. Su cara no había cambiado de expresión.

—Señora Courtenay, ¿estaba esa chica entre los que hicieron aquello con su hijo?

—No lo sé, señor Riley. La policía dijo...

—No me importa lo que haya dicho la policía. Me importa lo que me diga usted.

—Pues ya le digo que no lo sé. No lo vi.

—Bien, no quiero molestarla, señora Courtenay. ¿Vive aún su abuelo?

—Sí, señor. Es muy viejo. Bien, vendré mañana, si le parece bien a usted.

—Me parece bien. Y gracias.

Linda abrió la puerta y salió. Riley se acercó a la ventana hasta que la vio salir del edificio. Caminaba erguida, por el exterior de la acera para dejar el interior a los blancos, moviendo las hermosas caderas pero sin aire provocativo.

Riley suspiró. Llamarla Linda y oírle llamarle Jack... Bueno, no había que soñar. Por otra parte...

El agente Minton rodó esa noche, a primera hora hacia el «Basurero». Era una de las noches más calurosas de aquel agosto. Cuando llegó a la casa de Linda, paró el coche.

Linda salió a la puerta al oír el automóvil.

—Espero que no te hayas olvidado de que vas a casa para

limpiarla el sábado, ¿verdad, Linda?

—No, señor, pero no podré hacerlo. Estoy comprometida ya.

Minton sintió la oleada de ira al mismo tiempo que la de calor.

—Pero, ¡te habías comprometido conmigo, demonios!

—No, señor Minton. Solo dije «si podía».

—Es lo mismo, ¿no? Oye, Linda, no vas a jugar conmigo. Me gusta cómo hiciste las cosas allí en mi casa y quiero que vuelvas.

—Lo siento, señor Minton, pero no es posible.

—¿Sabes —dijo él con acento contenido—, que te puedo hacer las cosas muy desagradables, Linda? Mucho. Al fin y al cabo, solo te pido que me limpies la casa.

—Lo siento, señor Minton. No quiero ofenderle, pero me es imposible.

—Por ejemplo —siguió él como si no la hubiera oído—. Puedo darte algunos dolores de cabeza. Ya sabes los policías sabemos muchas cosas. Si cualquiera de ellas llega a oídos del doctor Leavers o de su esposa...

—No he hecho nada malo en mi vida, señor Minton. Soy honrada y limpia. ¿Por qué habría usted de hacer eso conmigo?

—Muy sencillo —siguió el con la misma voz—. Porque quiero que seas tú la que vaya a mi casa y quiero que sea el sábado. ¿Has entendido bien?

—Sí, señor.

—¿Irás, Linda?

—No, señor, no me es posible. Lo siento, señor Minton.

—Bueno. No te quejarás después, ¿verdad?

—No lo sé, señor.

—Piénsalo aún tienes tiempo hasta el sábado.

Y puso en marcha el coche. Estaba irritado, enfurecido. «La cogería, pensó, y le daría una paliza hasta quitarle ese aire de superioridad que tiene. Sí, señor Minton, no, señor Minton. Darle con la correa en ese trasero hasta dejárselo en carne viva».

Comprendía que había hecho una tontería, pero no podía pensar claramente. Si alguien se enterase... Un negro tenía pocos derechos pero sí el de elegir su trabajo. Todos pensarían, si se enteraban, que él estaba deseando acostarse con ella. Tenía que llevar cuidado.

Detuvo el coche en el camino, tras de hacer su ronda por el «Basurero». Quería fumar un cigarrillo. A los lados del camino, se extendían los campos en que antiguamente se verían las basuras y que había dado nombre al lugar.

Se apeó del coche. Inútil. No podía quitarse de la mente la imagen de la muchacha.

—Pero, ¿qué tendrá ella que no tengan un montón de chicas blancas? —dijo coléricamente en voz alta—. ¿Qué tendrá?

Sentía oscuramente que no era solo el bello cuerpo de la negra, sino el deseo de humillarla lo que le obligaba a pensar continuamente en ella.

—Ojalá estuviéramos cien años antes —dijo—. Te iba a...

Y pensó todo lo que haría con ella.

Iba a volver al coche cuando lo vio.

Se puso lívido y llevó la mano al revólver. Fue un acto reflejo por que para entonces estaba aterrado.

Tres perros enormes, negros, saltaban hacia él, silenciosamente.

Se hallaba separado del coche por unos cinco pasos. Los perros llevaban los dientes al aire, y sus ojos fosforescían en rojo. El primero de los tres estaba ya casi junto a él.

Minton lanzó un alarido, sacó el revólver y disparó. Sabía que había hecho blanco, porque era un buen tirador, pero el perro no pareció siquiera haber recibido el impacto. Continuó hacia él, con la enorme boca abierta, al tiempo que los otros dos lo flanqueaban.

Minton disparó dos, tres veces, y el resultado fue el mismo. Los animales le llegaban ya casi a los pies cuando lanzando otro alarido, trató de meterse en el coche. Al volverse vio que el enorme animal saltaba a su cuello. Volvió a disparar. La bala tenía que haber entrado por la boca de la bestia, pero esta no lo notó siquiera. Los otros dos saltaron a su vez y Minton enloquecido, trató de cerrar la puerta. No lo lograba. Era como un sueño. Sus movimientos parecían lentos al contrario de los de los perros. Una pesadilla, algo...

Perdió el conocimiento cuando los dientes del perro buscaban su garganta.

Los disparos se oyeron perfectamente en el «Basurero». Un grupo de hombres salió al camino, cautelosamente. Habían oído gritos, disparos. Aquello podía representar peligro. Mientras, una mujer que tenía teléfono, llamó a la policía.

El grupo de hombres llegó hasta el auto. Una escena espantosa se ofreció a sus ojos, a la luz de luna.

El patrullero Minton estaba medio tendido en el asiento de su coche, con las piernas fuera y un revólver en la mano. Cerca de él había dos hombres y una mujer, tirados en el suelo. Los tres eran negros. Uno de ellos estaba muerto, al parecer, pero la mujer y el otro hombre solamente heridos.

La policía llegó con seis coches cargados de agentes. Una revuelta en el barrio negro era algo que había que reprimir con mano dura. Llegaron precedidos a las sirenas, haciendo girar sus destellos rojos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tecumseh Jones—. ¿Quién ha atacado al patrullero? ¡Maldición!

Sus compañeros reconocieron rápidamente a Minton. Estaba ileso. Pero los cadáveres de los negros...

—Así que le atacaron estos tipos y tuvo que defenderse —dictaminó Tecumseh—. ¿Quiénes son? Vean de que hablen si pueden y llévense a todos esos a la jefatura.

La mujer negra era una prostituta y los hombres dos clientes suyos. La mujer que solo tenía una bala en el muslo dijo que nadie había atacado al señor Minton. Ellos iban por el camino, cuando el hombre comenzó a disparar sobre ellos.

—Lo atacarían ustedes con cuchillos o algo o querrían pegarlo.

—No, señor. El pareció volverse loco y nos disparó. Lo juro.

—A Minton no le han pegado —dijo uno de los agentes en voz baja—. Parece que está desmayado solamente. Un momento, está recobrándose.

Minton volvió a la vida y gritó que los perros lo atacaban. Tecumseh ordenó que se lo llevaran. Una vez en la jefatura, y mientras el médico de la policía lo atendía, seguía hablando de los perros.

—Disparé contra ellos, porque me atacaban. ¡Por Dios, estaban allí, con sus colmillos...!

Sollozó. El jefe le golpeó en la cara con su recia mano.

—Vamos, no sea histérico. Unos negros borrachos lo atacaron y usted tuvo que defenderse, ¿no es así?

—¿Unos negros? ¡No! Eran perros ¡unos perros enormes! ¡Tres perrazos que se lanzaron sobre míííí! ¡Yo disparé, pero seguían atacándome!

—¡Doctor, vea si ha bebido!

—No —respondió el doctor, mientras dos agentes sujetaban a Minton para acercarle el tubo de la prueba alcohólica—. No ha bebido, pero está bajo una impresión muy fuerte.

—Doctor —dijo Tecumseh—. Si ese hombre se ha vuelto loco... ¡Minton! Usted fue atacado por tres negros. Mató a uno e hirió a los otros dos.

—¡Nooo! Fueron tres perros.

—¡Minton, no sea imbécil! ¡Tres negros lo atacaron, métase eso bien en la cabeza! De lo contrario tendremos que juzgarlo.

—¡Juro que eran tres perros, negros! ¡Lo juro, jefe! Por mi alma que lo juro.

—Doctor, hágale dormir —ordenó Tecumseh—. No quiero que siga diciendo esas imbecilidades.

Minton se durmió jurando que le habían atacado tres perros, y cuando despertó al día siguiente, seguía asegurándolo. Tecumseh perdió la paciencia.

—¡Lo tendremos que procesar, imbécil! Tiene usted que decir lo

que le digo. No vuelva a hablar de perros.

Minton lo miró con ojos enloquecidos. Poco a poco, la verdad fue entrando en su cabeza.

—Este... lo diré, jefe.

—Por supuesto habrá una investigación y quizá tengamos que suspenderle de empleo y sueldo pero... ¡no vuelva a hablar de los perros!

Minton lo miró con ojos de loco. No respondió.

Riley había asistido la noche anterior a la escena, tomando notas. Pero cuando se marchaba. Tecumseh lo paró.

—No se le ocurra publicar nada de eso, ¿eh? Si es necesario hablaré con míster Bonnaker.

—Otra vez los perros —dijo Riley simplemente.

—¡No me venga con idioteces! Minton fue atacado y...

—Usted sabe que no es cierto, jefe. No haré uso de lo que he oído, pero usted sabe que a ese hombre le ha ocurrido algo. Algo que no comprendemos, pero no fue atacado por ningún negro. Ahora diga, usted lo que quiera.

—Lo que digo es que no escriba una palabra de eso.

Jones llamó a Bonnaker y le explicó lo que sucedía. Bonnaker estuvo conforme. No se podía acusar a un patrullero de haberse vuelto loco de pronto y comenzar a disparar contra unos negros que al parecer no llevaba armas aunque quizá habían tenido palos en las manos...

Dos testigos que aseguraron ser cierto lo que había dicho la prostituta negra fueron silenciados prontamente. Sus declaraciones eran que Minton estaba al lado de su coche, cuando vieron a la prostituta que caminaba por el camino junto con sus compañeros y de pronto Minton comenzó a moverse de un lado a otro, disparando su revólver, mientras gritaba.

No, no se podía dar una imagen así de la policía, de una policía tan bien uniformada y con unos hombres tan altos y tan guapos.

—Así que no publique nada, Riley —dijo Bonnaker.

—¿Y los perros, señor?

Bonnaker lo miró como un búho.

—No lo sé, Riley. No lo sé. No sé qué ocurre con ellos. Mi hija, Mabel Waring... ese agente... Estoy asustado. Algo ocurre, pero no puedo publicar nada. Sería un...

No obstante, la noticia trascendió. La gente comenzó a ver perros enormes por todas partes y llamaron a la policía aterrados, para demostrarse después que nada era cierto.

Un periódico de Atlanta envió sus reporteros. Y a esos no podía callárseles como a Riley.

CAPÍTULO 7

L

INDA Courtenay llegó a casa de Riley el sábado por la tarde. En el aire, espeso y húmedo, se fraguaba la tormenta. Riley sentía los nervios tensos, debido a la electricidad que se iba acumulando.

Abrió la puerta cuando ella llamó. La mujer llevaba el mismo vestido color heliotropo y el pañuelo amarillo en la cabeza, atado como un turbante y portaba un gran bolso en la mano.

—Ya no la esperaba —dijo el periodista—. Creí que se había arrepentido.

—Procuro no faltar a mi palabra cuando me es posible —respondió ella—. ¿Por dónde quiere que comience? ¿Va a salir?

—No, los sábados también hago fiesta, como los demás mortales. No empezaré mi trabajo hasta la madrugada. Puede comenzar por dónde quiera. Si le estorbo, me marchó a dar una vuelta.

—No es necesario, señor Riley. ¿Puedo cambiar de ropa en el cuarto de baño?

—Pues... ¡Por supuesto que sí!

Ella volvió con una especie de hopalanda blanca puesta. Al instante se metió en el dormitorio y comenzó a trabajar.

Jack Riley cogió su máquina de escribir, se colocó en un rincón de la sala y comenzó a teclear. Estaba escribiendo la historia de los chicos que creían haber sido atacados por unos perros que al parecer no existían. Por supuesto, el periódico no iba a publicarla, pero él quería tenerla preparada por si acaso hacía falta en un momento dado. Además, la reservaba para su libro.

—Señora Courtenay —dijo en voz alta—. ¿Me dijo que su abuelo vivía en una choza, en las montañas?

—Sí, señor —respondió ella apareciendo en la puerta y mirándolo—. ¿Por qué?

—Me gustaría hacerle una entrevista. Para mi libro, ya sabe.

—No creo que al viejo le gustase, señor.

—Al menos, podría probar, ¿no?

—Sí, claro, eso sí, pero hay que conocer el camino. Usted podría perderse diez veces antes de encontrar la choza. ¿Por qué querría

hacerle una entrevista? Quiero decir, ¿sobre qué?

—Usted sabe leer, ¿no es cierto, señora Courtenay?

—Sí —la negra no le apartaba los ojos de encima. Su actitud era respetuosa, pero atenta, vigilante—. Sí, señor. Mi abuelo me enseñó, precisamente. ¿Por qué me lo pregunta, señor?

—Bueno, creo que por curiosidad solamente. ¿Ha oído lo que le ha sucedido al agente Minton?

—Sí, señor. ¿Quién no? Disparó contra unos negros que al parecer quisieron atacarlo.

—¿Usted cree eso?

—Es lo que nos ha dicho la policía a todos los que vivimos allí cerca, seño Riley.

—Pero, ¿usted lo cree?

—Señor Riley —respondió ella serenamente—. Estamos obligados a creer lo que la policía nos dice. Por favor, no puedo decir otra cosa.

—Lo que me diga no va a salir de aquí, señora Courtenay. Le doy mi palabra de honor.

—Lo siento, pero ¿qué puedo decirle?

—Usted, ¿lo cree?

Ella vaciló perceptiblemente unos instantes.

—No, señor. Creemos que el señor Minton tuvo un momento de locura y disparó contra esas personas.

—¿Sabe usted que hablaba de unos perros?

—Eso he oído, pero no sé más.

—Pues, sí. Aseguró que tres enormes perros lo atacaron y tuvo que disparar contra ellos.

—Por eso, señor Riley. En realidad eran tres personas que iban por el camino. El debió volverse loco de pronto o algo así. Pero si usted repite mis palabras, tendré disgustos, porque la policía ha dispuesto otra cosa.

—Dígame otra cosa. ¿Fue el agente Minton el que no quiso auxiliar a su hijo?

Linda levantó los ojos, pero no miró al hombre, sino a la ventana.

—Estaba por allí, señor Riley, pero yo no diría que no quiso ayudarnos a mí y a mi hijo.

—Lo comprendo. Gracias, Linda. ¿Tiene usted alguna idea de lo que ocurre con esos accidentes... por llamarlos de alguna manera?

—No, señor Riley, ninguna idea.

Volvió al dormitorio. Miró hacia atrás para asegurarse de que Riley no la había seguido y cogió la almohada. Buscó durante unos instantes hasta que encontró tres cabellos. Los miró vacilante durante un instante. Luego, por último sacó una bolsita de plástico

y los metió en ella. Sus ojos brillaban pero sin la certidumbre conque lo hacían cuando recogió los de Minton.

Terminó de hacer las camas y de limpiar la habitación. Volvió a la sala y contempló un momento a Riley que escribía a máquina.

—¿No le molestan las uñas tan largas al golpear en las teclas, señor Riley? —preguntó con suavidad.

—Oh, sí. A veces me olvido de cortármelas. En efecto, no hay nada más molesto. Pero no sé dónde he echado mis tijeras.

Linda fue a su bolso y sacó de él unas tijeritas pequeñas.

—Puede usted utilizar estas, señor Riley.

—Bueno... No debe molestarse, señora Courtenay.

—Linda.

—Ya le dije que... oh, bueno, tampoco quiero ser demasiado puntilloso. Si no le importa que le llame así...

—No, no me importa. ¿No va a cortarse las uñas?

—Pues... ya que lo dice, lo que me ocurre es que mis padres me metieron en la cabeza que hacer eso delante de otras personas era un poco... digamos antirreglamentario, de mala educación. Me acostumbraron a que eso hay que hacerlo en el baño y cuando se está a solas.

—Por eso no debe preocuparse. Traiga la mano.

Riley estaba sentado en su silla. Linda fue hacia él, se arrodilló, le cogió la mano y tomó las tijeritas con la derecha.

—Pero, ¿qué va a hacer?

—Cortárselas yo misma. No me importa, señor Riley.

—Pero... Bueno, usted no tiene que molestarse.

Afuera un trueno retumbó en las calles. Pesadas gotas se estrellaron en las paredes. Al mismo tiempo, un viento caliente entró por las ventanas.

—Ya está aquí —dijo Riley sintiendo una ligera satisfacción ante el aire—. Ya llegó la tormenta, gracias a Dios. Habrá que cerrar las ventanas, aunque entonces no vamos a asar.

La negra no respondió. Seguía cortándole las uñas. Hasta Riley llegó un suave perfume que se desprendía de su cuerpo. ¿Qué idiota había asegurado que los negros olían de manera diferente o mal? Aquella mujer desprendía fragancia a limpio. Riley, se movió inquieto.

—Por favor, deje de hacer eso, Linda —pidió—. Yo mismo lo haré.

Ella levantó los ojos.

—¿Por qué?

—Pues, porque... porque puedo hacerlo yo mismo. Y lo que uno mismo puede hacer, no debe ser hecho por otros. Por eso.

Se puso en pie y le quitó las tijeras.

—Siga usted con lo suyo —dijo—. Dispénseme.

Se dirigió al cuarto de baño y entornó la puerta. Respiró hondo. Por un momento había temido que si Linda seguía junto a él no tendría más remedio que besarla.

Con mano ligeramente temblorosa terminó de cortarse las uñas. Luego volvió y entregó las tijeras a la muchacha.

—Y gracias —dijo.

Ella lo contemplaba con expresión extraña. Se había dado perfectamente cuenta de lo que el hombre sentía, aunque no lo había provocado conscientemente. ¿Acaso ella misma no había sentido de pronto un pequeño desfallecimiento?

Pero ya había guardado los pequeños recortes de uña en la bolsita. Su corazón latía de una manera un tanto precipitada. Había que acabar con aquello.

Se dio mucha prisa en terminar, mientras él seguía a la máquina. Ahora llovía torrencialmente y los relámpagos y truenos se sucedían continuamente.

Cuando acabó, Riley buscó su billetera y le preguntó cuánto le debía. Ella le dijo una cantidad cualquiera y él se la dio.

—Pero no puede marcharse ahora —dijo—, Y yo no tengo ningún paraguas que prestarle. Espere a que termine la tormenta, si es que termina.

—Puede durar horas —respondió ella—. Tengo que marcharme. No me importará mojarme un poco.

—No será un poco, sino mucho. Bueno como quiera. Y gracias. Si alguna otra vez quiere venir... por mí, encantado.

—Lo haré con mucho gusto, señor Riley.

Cuando salió, y llegó a la calle, el agua saltaba casi hasta media yarda del suelo. Parecía que llovía de abajo arriba. Esperó unos minutos, pero aquello no parecía decrecer. Estaba oscuro debido a la cerrazón de las nubes bajas. Por último se decidió y se lanzó a la calle.

Cuando llegó a su casa estaba completamente empapada. Se desnudó y se frotó con una toalla hasta quedar completamente seca. Luego se tomó un sorbo de lo que le había dado su abuelo. Lo necesitaba urgentemente. Tenía una ligera idea de lo que contenía, pero no le importaba en esos momentos. Sobre la mesa reposaba el pequeño saquito de plástico. Lo miró con aire reconcentrado. El corazón volvió a latirle desordenadamente.

—Tienes que hacerlo —se dijo en voz alta—. Tienes que hacerlo. Ese hombre sospecha algo. Puede llegar a darse cuenta y entonces... Tienes que hacerlo, es preciso.

Cogió la fotografía de su pequeño Ike y la miró fijamente, hasta que todo, otro pensamiento desapareció de su mente. Era preciso y

lo haría.

* * *

Jay Cattin y Rip Ross salieron de la droguería, mientras la lluvia caía pesadamente.

—Tomemos un taxi —dijo el primero—. Pero no había ninguno a la vista. La lluvia los había abastecido de clientes. Por tanto esperaron, mirando la calle, vacía de gente y por la que corrían verdaderos ríos de agua. Pensaban que pasaría alguien que viviera también en los «Hights», en su automóvil y que los recogería para llevarlos a casa. Eran las diez de la noche y los padres de ambos habían sido bien explícitos: o volvían temprano o se acababan las salidas.

—Algo hay que hacer —dijo Jay—. El viejo se enfurecerá si no me ve llegar a la hora que me dijo. Por otra parte, no me apetece meterme solo por las calles del barrio.

—¿Tienes miedo? —preguntó el otro.

Jay lo miró de reojo.

—¿Tú, no?

—No me gusta lo que ha ocurrido con los otros. No estoy asustado, pero...

—Pero algo extraño está ocurriendo. He oído a mi padre comentar lo que había ocurrido con Evelyn en el centro médico. Esos malditos perros...

Vieron el coche de la policía, que avanzaba lentamente. Rip alzó la mano y el coche se detuvo.

—¿Queréis algo? —preguntó el patrullero.

—Sí. Queremos ir a casa. A los «Hights».

—Y queríais que os lleváramos nosotros, ¿no? Oye, ¿no sois los que hicieron aquello en la carretera?

—Mi padre es el abogado Cattin —dijo Jay insolentemente—. ¿Lo conoces, agente?

—He oído hablar de él —su compañero le dio con el codo en el costado para advertirle—. Bueno, subid.

Los dos chicos subieron a la parte trasera del coche. El automóvil tomó velocidad dirigiéndose hacia las afueras.

—No habrán encontrado a los perros, ¿verdad? —preguntó Jay Cattin.

—No —respondió el agente—. Y ya estamos hartos de ese asunto. No hay perros salvajes. Y además, nadie ha sido mordido por ninguno. Ahí están los periodistas de Atlanta metiendo las narices en todas partes y preguntando por los malditos animales.

Llegaron al final de la calle. Comenzaba poco más allá la

carretera que subía a los «Hights». La enfilaron.

Los limpiaparabrisas funcionaban a todo régimen, y aun así la visibilidad era escasísima, debido a las enormes gotas de agua. El coche se deslizaba sobre una capa de agua.

—Bien, ya estáis aquí. Poco más allá hay otro coche policíaco.

—No pensarán dejarnos aquí, ¿verdad? ¿No pueden llevarnos hasta nuestra casa?

Los dos patrulleros se miraron. Si decían que no, podrían tener problemas con el jefe.

—Bueno... —en ese momento la radio comenzó a emitir, llamando al coche catorce. Los dos agentes escucharon. Un borracho con una navaja, amenazaba a los transeúntes en Main Street.

—Somos nosotros —dijo el agente conductor abriendo la puerta—. Lo siento chicos, pero tenemos que ir allí inmediatamente. No hemos debido venir hasta aquí.

—Pero, no pueden ustedes dejarnos...

—Lo siento.

Se vieron obligados a salir. Al instante, la lluvia caló sus camisas y sus pantalones y los pegó a sus cuerpos, mientras el coche daba una vuelta en «U» y se alejaba a toda velocidad haciendo sonar la sirena.

—Corramos —dijo Rip.

Echaron a correr, por el borde de la carretera. Pero la lluvia los cegaba. Por eso, se metieron bajo las frondas. Ni un coche en la carretera.

Respiraron pesadamente. El ruido del agua al caer ahogaba todos los demás.

—Yo no llego tarde a casa, aunque me ahogue —dijo Jay—. Ven a mi casa y desde allí llamamos a la tuya y les explica lo que ocurre. Tu padre o tu madre pueden venir a buscarte, y en todo caso, mi padre te llevaría o me prestaría su coche para hacerlo.

—¡Esos malditos policías! —replicó el otro violentamente—. ¿Dónde diablos se meten cuando uno los necesita? ¿Para eso los pagamos?

—Para eso y para echarles aceite en la carretera —replicó Jay.

—¡No fui yo! ¡Fue Colin!

—Bueno, da lo mismo. ¡Vamos!

En ese momento vieron el coche de la policía. Salieron al centro de la carretera y el coche frenó.

—Vaya, vosotros —dijo el agente—. Subid.

Subieron. La casa de Jay era una de las primeras. Como todas las demás de la barriada, estaba separada de la carretera por un prado. En ese momento, las nubes se abrieron y dejó de llover casi

tan instantáneamente como había comenzado.

Jay se apeó ante la puerta. El coche siguió su camino hacia la parte más alta, que era donde vivía la familia Ross.

Jay cruzó la puerta de listones de madera y comenzó a atravesar el césped. Un desgarrón de las nubes permitió a la luna asomar su cara de estaño.

Cincuenta yarda más allá se veían las luces de su casa. Ya tranquilo sobre la hora de llegada se detuvo un momento para aspirar el olor de los magnolios lavados, y del césped, que brillaba a la luz de la luna.

—*¡Aquí Coocky, ven!*

La voz parecía llegar de muy lejos. Jay frunció las cejas y se volvió. Junto a un macizo de adelfas que elevaban sus ramas hacia lo alto, había algo. En un principio no pudo ver exactamente lo que era, pero la cosa, lo que fuera, se movió, y penetró en el campo iluminado.

No era una cosa, sino dos. Una cosa negra un poco más grande, y otra chiquitita y blanca. La blanca correteaba, alrededor de la mayor.

Eran un chiquillo negro y un perrillo blanco.

Jay tragó saliva. Aquello no debía estar allí. No había razón alguna para que aquello estuviera allí. No había...

Un chico negro y un perrillo blanco... los había visto en otra parte, los había visto con sus propios ojos...

Jay era el más inteligente de la pandilla de amigos. «Supo», casi al momento que estaba viendo aquello que a sus compañeros los había llevado a la muerte o al hospital. Lo supo sin lugar a dudas y el miedo se apoderó de él. Respiró profundamente y echó a correr hacia su casa.

Los dos perros enormes, negros, que salieron del macizo de adelfas, se precipitaron hacia él. Los vio con el rabillo del ojo, y sin dejar de correr, y el miedo, el terror, pánico, le hizo orinarse en los pantalones.

Gritó agudamente, enloquecido. Los dos perrazos daban grandes saltos a sus costados, cada vez más cercanos, permitiéndole ver sus ojos como brasas y sus abiertas fauces.

Estaba ya casi en el porche colonial. Le faltaban pocas yardas para alcanzar los tres escalones y llegar a la seguridad de su casa, donde estaban sus padres y su hermano mayor. Tenía que llegar, no podía permitir que las fuerzas le faltasen en el último instante.

Uno de los perros, el que galopaba a su izquierda, saltó hacia él, silencioso, y el hedor del corpachón mojado llegó hasta su nariz. Tropezó con algo y dio dos trompicones que lo llevaron hasta las gradas.

Volvió a gritar y la puerta se abrió. Su padre en batín y pijama, estaba en la puerta.

Jay cayó contra los escalones, de bruces, al tiempo que su padre se acercaba a él corriendo y una voz femenina gritaba algo detrás.

El abogado se inclinó sobre su hijo, que jadeaba, faltar de aliento y con la boca seca por el terror.

—¡Jay! ¿Qué te ocurre?

Jay se revolvió, y se golpeó contra los escalones. Perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 8

J

ay Cattin no tuvo necesidad de ir al hospital. El médico llamado urgentemente, diagnosticó un «shock» nervioso. El golpe contra los escalones no había hecho sino desmayarle.

Dijo que con sedarlo bastaría. Pero antes de que lo hiciera, Jay recobró el conocimiento y comenzó a gritar algo acerca de unos perros. Su padre llamó inmediatamente a la policía y el jefe Tecumseh Jones se presentó a los diez minutos.

—¡Los perros! —gruñó—. Siempre los perros. Pero si no los hay, si no hemos logrado encontrar ni uno solo...

—Jefe —dijo el abogado Cattin—. No sé si habrán buscado bien o no, pero esto ya es inadmisibile, ¿entiende? ¿Qué no hay perros? ¿Entonces cómo es que varias personas los han visto y...? ¡Mire los resultados! ¡Tiene que haberlos, pero sus hombres se limitan a apalear negros y a lucir sus uniformes de opereta! Si a mi hijo le ocurre algo, le prometo que va haber una campaña contra usted y sus policías que los haga saltar de sus puestos. ¡Palabra de honor! Y ahora mismo voy a llamar a Bonnaker y a ponerme de acuerdo con él.

—Escuche, míster Cattin, palabra de honor que nadie ha visto a esos perros, excepto los chicos...

—¡Y su oficial! También él ha dicho que había perros y que tuvo que disparar sobre ellos.

—Pero... ¡eran unos negros!

—Entonces, ¿por qué habló de perros?

—Un acceso de... una pesadilla, una alucinación...

—¿Mi hijo y los otros chicos también la han sufrido? —preguntó Cattin con peligrosa suavidad.

—¡No lo sé, míster Cattin! Seguiremos buscando, lanzaremos una proclama... Algo haremos, se lo aseguro.

—Pues... ¡muévase, maldición! Muévase o lo echaremos de su cargo. Palabra mía, también de lo que haremos.

Tecumseh Jones salió con las orejas encarnadas. Cattin se apresuró a llamar a Bonnaker.

—Escucha, Jeff —dijo, tras explicarle lo que había ocurrido—.

Haz que salga a la luz el asunto. No podemos permitir que esos animales sigan libre por ahí. Publícalo.

—Hemos de llevar mucho cuidado en esas cosas, Paul. Una histeria colectiva se sabe cómo comienza pero no cómo acaba. Debes comprenderlo.

—Muy bien, Jeff, lo haré yo. Convocaré una rueda de prensa y los enviados de Atlanta lo publicarán y tú perderás prestigio. No pienso consentir que una cosa así vuelva a suceder. Hay que provocar una investigación, como sea.

—«O.K.», Paul. Lo haré.

Bonnaker llamó a Riley. Le dijo lo que le acababa de contar Cattin.

—Así que ya puede comenzar, Riley. Ha ido acumulando material, según me dijo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Pues dele a la máquina. Lo necesito para la edición de mañana. De lo contrario, Cattin convocará una rueda de prensa.

Riley lo pensó un momento.

—Está bien.

El artículo le salió fluidamente. Chicos atacados por perros que luego no se encontraban por parte alguna, incluso un agente que se había vuelto momentáneamente loco, aunque sus compañeros hablasen de una agresión por parte de los negros... Pero no escribió ni una sola palabra acerca de sus sospechas, ni sobre el niño negro que había muerto. No quiso relacionar ambas cosas. El director Bonnaker aprobó el artículo y este salió la mañana del lunes.

Si ya la gente de la ciudad había comenzado a ver perros, ahora se desató una verdadera psicosis. Hubo perros hasta en el bacán del desayuno, y las llamadas a la policía se multiplicaron, ocasionando una furibunda catarata de maldiciones por parte del jefe Jones.

Incluso algunas personas que tenían en sus casas perros grandes, comenzaron a mirarlos con sospecha. ¿Y sí, como escribió un lector al periódico había una extraña enfermedad, una epidemia que convertía a los perros normales en rabiosos, solo durante horas? La idea, estúpida, según proclamó un veterinario, prendió en la gente, precisamente por su estupidez. El perro de un anciano ciego, un enorme pastor alemán de guía, fue muerto a tiros por un transeúnte cuando lo vio salir de la casa del viejo.

El miedo había llegado a la ciudad.

Al principio de la tarde, Linda dejó la casa del doctor Leavers, diciéndole a la señora del médico que necesitaba hacer unas cosas. Como había terminado ya su tarea, la mujer le dio permiso. Linda se puso en marcha. En la carretera, le pasaron dos coches patrulla. Uno de ellos se detuvo a su lado.

—¿Dónde vas, muchacha? —preguntó el patrullero.

—Tengo que hacer unas cosas, señor. Busco a alguien que me lleve.

—Si ves a algún perro, corre —respondió el agente ceñudo—. Aunque hasta ahora no han atacado a los negros, que yo sepa. Lo cual es extraño.

—Sí, señor, así lo haré —respondió ella obedientemente.

El coche siguió. Un poco más allá, otro automóvil se paró. Lo guiaba un hombre grueso, y en la parte trasera iban varias maletas de viajante.

—¿Dónde vas?

—Hasta el cruce con la carretera de Atlanta —respondió ella.

—Bueno, sube. Te llevaré.

El hombre había bebido. Le explicó que representaba una casa de ropa interior de señora en el Norte y que volvía a él, así que no le importaba que alguien pudiera ver cómo subía una chica tan guapa de color a su auto.

Y le puso una mano en el muslo.

—Soy casada, señor —respondió ella apartando la mano.

—Pero yo no soy celoso. Ja, ja, ja. Mira, haremos una cosa. Te regalaré algunas de las cosas que llevo, pero si tú y yo...

—No, señor.

El hombre guio un rato en silencio. Estaba congestionado por una buena comida.

—Vamos, vamos —dijo por fin—. Te aseguro que podremos divertirnos un buen rato.

—No, señor.

—Bueno entonces, con un diablo, bájate.

—Pare.

—En marcha. Si quieres te apeas en marcha.

Y volvió a ponerle la mano en el muslo, tratando de subirle la falda. Linda cogió el volante con su mano izquierda y comenzó a imprimirle un movimiento de vaivén, pese a los esfuerzos del hombre.

—¡Nos vamos a matar! —gruñó él aterrorizado.

—Pues pare.

El hombre frenó y se limpió el sudor de la frente. Luego con una mano intentó golpear la cara de Linda. Esta le sujetó la mano y abrió la puerta. Se apeó.

—Siga —ordenó.

El hombre continuó. Un poco más allá, un camión de verduras, guiado por un negro, la recogió.

Linda llegó a casa de su abuelo a las seis de la tarde. La tormenta volvía a comenzar.

—¿Otra vez? —preguntó el viejo.

—Sí. Y ahora lo necesito urgentemente, abuelo. Es un hombre que está atando cabos. Podríamos estar en peligro tú y yo si continúa sus investigaciones.

—Linda —dijo el abuelo—. Creo que estás abusando.

—Nunca te pedí nada, abuelo. Lo siento, pero ahora es necesario.

—¿Traes lo que preciso?

—Sí —le entregó la bolsa—. ¿Cuándo lo harás?

—Si tienes tanta prisa... esta misma noche.

—El agente de policía y uno de los muchachos ya han sido tocados —dijo ella con una sonrisa que más bien parecía una mueca—. Abuelo, eres...

—Sé lo que soy. Está bien, esta misma noche lo haré.

—Y... ¿cuándo surtirá efecto?

—Pues... dentro de cinco días, a partir de esta noche.

Linda bajó la cabeza. Vio aquellos cabellos rubios, la boca grande y generosa del hombre, su sonrisa fácil y contagiosa. Y vio también como él se había apartado de ella porque seguramente se sentía atraído pero ni una sola vez había intentado acercársele ni ponerle las manos encima. Al viajante era al que le gustaría ver es su lugar, pero... desgraciadamente Riley resultaba un peligro. Una indiscreción y la gente la lincharía.

—Otra cosa —dijo el abuelo—: No vuelvas a pedírmelo, Linda.

—Pasado esto, no, abuelo. Pienso marcharme al Norte o a la costa Occidental. No seguiré en la ciudad.

—Y ya no te veré más, entonces.

—Vendrás conmigo.

—Soy demasiado viejo para ello. Amo este lugar y aquí moriré. No, no me moveré de él. Pero sentiré no verte más.

Linda lo abrazó y lloró durante un rato. El viejo le acariciaba la cabeza.

—Quise enseñarte «la ciencia» pero no tenías condiciones para ello. Lo siento, Linda. Sentiré no verte más. Pero comprendo que la vida es dura ahí abajo para ti. Haz lo que creas conveniente. Yo no viviré ya mucho tiempo. Lo sé.

La tormenta estalló mientras el viejo preparaba algo para cenar.

—No podrás bajar esta misma noche. Sería como suicidarte.

—Esperaré a mañana.

Al día siguiente volvió a la carretera. Esta vez tuvo que andar durante casi cinco millas antes de que la recogiese otro coche. Llegó a la ciudad a tiempo para comenzar su trabajo. Cuando estaba haciéndolo, vio llegar a Riley. Su corazón se saltó un latido.

—Quisiera ver al doctor —dijo el periodista cuando ella le abrió

la puerta. La ciudad lavada, presentaba un aspecto fresco y alegre.

—Veré si puede recibirlo, señor Riley.

El doctor pudo. Riley se quejó de un vago malestar y el médico le recetó unas pastillas. En realidad Riley se encontraba bien, aunque un poco deprimido. Solo había ido para ver a la muchacha otra vez.

Cuando se despedía, ella le acompañó a la puerta.

—¿Irá usted el sábado a mi casa? —preguntó en voz baja.

Linda hizo un rápido recuento. No, el sábado era precisamente el día en que aquel hombre que la miraba sonriendo...

—Iré el jueves, señor Riley.

—Por mí bien, y muchas gracias. He podido dormir mejor que nunca gracias a lo bien hecha que estaba la cama —dijo. Le sonrió y salió de la casa. Linda se apoyó contra la pared, respirando pesadamente.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Aquel hombre era un auténtico peligro, para su abuelo y para ella.

Riley fue a la jefatura de policía. Tecumseh lo recibió con semblante tormentoso.

—Así que usted que no es de aquí siquiera, ya está poniendo arena en los engranajes, ¿verdad?

—Ordenes son órdenes —respondió el joven seriamente—. Dígaselo a Bonnaker. O, ¿quiere que se lo diga yo?

—No, maldición, pero permítame que me desahogue. Quisiera verlo en mi lugar.

—No me cambio por usted, en efecto, Jones, en realidad, ¿qué piensa usted de este asunto? No voy a publicar sus palabras, solo quiero adquirir una visión de conjunto.

—¿Qué pienso? Maldito si lo sé. A no ser que toda esa gente se haya puesto de acuerdo para hablar de perros asesinos —que por cierto no han asesinado a nadie a bocados—, no queda sino suponer que alguien guarda esos animales en algún sitio bien escondido y los suelta. Solo para asustar, por supuesto, porque otra cosa no hacen.

—No estará usted hablando en serio.

—¿Qué otra cosa puede ser? Hemos registrado casa por casa y tenemos las listas de todos los perros matriculados. Y, ¿ha visto usted alguna vez perros sin amo por las calles de la ciudad?

—Nunca, en efecto.

—Pues, ¿qué otra cosa puede ser entonces?

—Y, ¿lo del agente Minton?

Tecumseh lo miró de través. Pero había perdido gran parte de su facundia.

—De usted para mí, el calor o algo debió volverle loco

momentáneamente. Confundió los negros con esos animales y disparó contra ellos.

—Sí, eso debió ser —dijo Riley mirando por la ventana—. ¿Qué medidas va a adoptar, jefe?

—Maldito si lo sé. Doblar los coches patrulla, aunque mis hombres se queden sin dormir.

—Hágalo en los «Hights» —dijo Riley.

—¿Por qué en los...? Ah, es cierto. Todos los casos se han producido allí menos el de Minton.

—Exacto.

—Es posible... sí, eso reduce el campo de acción, aunque maldito si sé si se van a cometer otros en algún otro lugar. No tenemos ninguna certeza de ello. Además de los coches voy a destacar allí agentes de pie, e incluso voluntarios para patrullar. Pero no me fío de ellos. Pueden tener visiones, y comenzar a matar gente.

Riley salió de la comisaría. Se dirigió a su casa. Vio en la calle como la gente se arremolinaba ante un niño que llevaba un perrillo en brazos.

—Histéricos —dijo. Pero en cierto modo lo comprendía.

Ya en su departamento, se puso fresco y se preparó un *whisky*. Luego se puso a la máquina. Poco a poco, el cuadro se iba perfilando trabajosamente, es cierto, pero cada vez con más claridad.

Eran frases sueltas. Un niño muerto por un golpe... ¿fortuito? Su perrito muerto a patadas por un grupo de jóvenes blancos. Le faltaba saber si eran los mismos que habían sufrido los ataques u otros, pero algo le decía que debían ser los mismos.

La madre del chiquillo negro, nieta de un hombre que vivía en la montaña, solitario, y el cual había sido en cierta ocasión acusado de fabricar alcohol clandestinamente. No había habido pruebas, pero... su choza, según el periodista, parecía el antro de un brujo.

Se detuvo. Sentía acelerársele el pulso. Bueno, aquello no podía ser.

En la segunda mitad del siglo XX esas cosas no debían suceder... ¿O sí?

Pero, si era que «sí», ¿cómo se había hecho?

Una cosa estaba bien clara. *Debía* ir a la cabaña, entrevistar al viejo que vivía en una choza, y sin embargo no sabía cómo hacerlo, cómo llegar hasta él. Ignoraba el camino, el emplazamiento de la choza, lo ignoraba prácticamente todo.

Había, eso sí, una persona que podía llevarle hasta allí, y al menos facilitarle el camino. ¿Lo haría?

Solo había una manera de saberlo. Preguntárselo de nuevo.

Rogándole que le permitiera hacerlo. Si ella estaba implicada en el asunto, no sería fácil convencerla.

Al llegar aquí se irguió y se sirvió otro trago de *whisky*. Lo necesitaba. Porque... si ella estaba implicada, eso significaría que *no iba a venderse a sí misma*.

Cuando aquella noche se marchó a la cama, aún seguía dándole vueltas a todo aquello. Y al mismo tiempo una y otra vez, la imagen de la hermosa negra, sus enormes ojos de tinta, su boca roja, sus pechos altos, erguidos, y sus caderas de ánfora, lo perseguían insistentemente.

—Sé sincero —se dijo a sí mismo—. Esa mujer se te ha metido tan adentro que te va a costar mucho trabajo echarla de ahí, y eso si es que llegas a lograrlo.

CAPÍTULO 9

R

ILEY esperó el jueves con nerviosa expectación. No se había producido novedad alguna en la ciudad. Los agentes patrullaban por las calles, sobre todo de noche, y en especial en la zona residencial de los «VIPS»

A las cinco de la tarde, cuando el cielo comenzaba a cargarse de nubes que traerían una nueva tormenta, Riley salió de la redacción y fue a su casa. Se duchó rápidamente y se puso una camisa y un pantalón limpios. Trató de escribir a máquina, pero no le fue posible. Estaba demasiado nervioso para ello.

A las seis oyó el rápido taconeo en el corredor y fue a abrir. No dudó ni un segundo de que fuera Linda. En efecto, esta estaba en el umbral.

—Pase —dijo Riley—. Lamento decirle que probablemente se mojará hoy también.

—Puedo soportarlo —respondió ella. Esta vez llevaba un vestido color rojo fuego y un turbante del mismo color. Estaba tan bella que Riley sintió acelerársele el pulso.

—No tengo mucho tiempo, así que he de darme prisa —dijo ella. Riley se dio cuenta de que también ella parecía nerviosa.

Linda se metió en el cuarto de baño para ponerse la bata con la que trabajaba, aquella especie de hopalanda blanca.

Luego comenzó su trabajo. Lo hacía rápida y eficazmente. Riley mientras tanto se colocó ante su máquina, pero no le salía ni una sola palabra. Estaba con la mente casi en blanco y solo podía pensar en la mejor manera de plantearle el asunto a la muchacha.

—Señora Courtenay —dijo de pronto. Ella apareció en la puerta del dormitorio—. ¿No ha pensado usted en marcharse al Norte, en dejar un lugar en el que la segregación es tan activo como en este?

—Sí, lo he pensado, pero aquí tengo trabajo y en el Norte hay muchas personas de color en paro, según tengo entendido.

—Sí, eso es cierto. Pero una mujer como usted siempre lo encontraría, y no necesariamente como mujer de faenas caseras.

—Sé guisar, también —respondió ella tratando de sonreír—. Pero mientras vivió mi Ike no quise hacerlo... aunque ahora no sé

por qué.

—Lo siento —respondió él.

Hubo un silencio y ella dio la vuelta para volver a su trabajo. Riley se puso en pie, y caminó hacia la puerta. Se quedó de pie, en el umbral mirando a la muchacha. Esta se volvió. Estaba acabando de limpiar los cristales.

—¿Ocurre algo, señor Riley? —dijo con tono grave y un poco bajo.

—Sí. Ya sé que no es agradable que un ocioso mire cuando otro trabaja, pero quisiera hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—El otro día le pedí que me permitiera ir a ver a su abuelo para hacerle una entrevista. Lo vuelvo a hacer ahora. ¿No sería posible?

—¿Para qué, señor Riley? ¿Qué interés puede tener para usted un viejo negro?

—Pues el mismo que... No, lo diré de otra manera. Quiero saber a qué se dedica, cómo vive. Según usted es una especie de anacoreta.

—¿Qué significa eso, señor Riley?

—Un hombre que vive solo, y que se basta solo a sí mismo.

—Sí, comprendo. Sé leer, pero soy muy ignorante. Sí, mi abuelo es algo así y no le gustan las visitas, señor Riley.

—¿No quiere ayudarme, Linda?

—No puedo, señor.

Riley dudó un momento. La muchacha había vuelto a su tarea, volviéndole la espalda. Riley observó el limpio y fácil juego de sus músculos, en la figura en escorzo. Sintió de nuevo acelerársele el pulso y tragó saliva. Luego, súbitamente se decidió. Sabía que quizá iba a cometer una tontería, pero lo hizo.

—¿Quiere escucharme, Linda? Le voy a leer una cosa. Puede usted continuar con lo que está haciendo, pero si no hace demasiado ruido.

Ella se volvió lentamente y lo miró. Fue una mirada extraña, enigmática, la mirada de una persona profundamente sabia.

—¿Es necesario, señor Riley?

—Creo que sí.

Fue por las cuartillas que tenía en una carpeta y volvió. Comenzó a leer en voz alta y clara, espaciando las palabras. La lectura duró casi diez minutos. Cuando acabó, miró a la negra.

—¿Estoy equivocado, Linda? —preguntó.

Ella guardó silencio durante unos instantes.

—¿Es una novela, señor Riley?

—No, Linda, no lo es. Es lo que yo pienso que ha ocurrido en todo este asunto. Las líneas generales podríamos decir, y ahora le

repito: ¿estoy equivocado?

Le había leído todo lo que escribiera. Linda estaba asustada. No se había equivocado. Casi en nada. Había adivinado, con aterradora claridad. Por un momento, pese a su temor, lo admiró.

—Nadie creería eso, señor Riley.

—Nadie lo va a leer, Linda.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué... qué quiere usted decir?

—Quiero decir que tanto si es verdad como si no lo es, no lo voy a dar a leer a nadie. Nadie sabrá que lo he escrito. Y tampoco lo diré a nadie. Pero me gustaría saber si me he equivocado o no.

—¿Para qué?

—Simple curiosidad.

—Y, si fuese verdad, ¿no se siente usted obligado a comunicarlo a alguien, a la policía, por ejemplo?

—No. Lo que esos muchachos hicieron con su hijo y con el perrillo fue algo repugnante. No niego que si mi historia es cierta, la venganza no haya sido brutal y muy peligrosa, pero aun así no diré nada a nadie. Ni una sola palabra saldrá de mi boca y además, romperé estos papeles. Solo quiero saber si es cierto o no.

—No tiene importancia, señor Riley. Y, me gustaría no hablar de esto más.

Riley asintió con la cabeza, pesaroso. Volvió a la salita y se sentó ante la máquina de escribir. Cerró los ojos durante unos instantes. Cuando los volvió a abrir, Linda estaba ante él, alta y erguida.

—Señor Riley, ¿quiere que le sirva algo de beber?

—Deme un *whisky*, por favor. Vaya, parece que la tormenta ha llegado.

Gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer, al tiempo que un trueno inmenso, estremecedor, retumbó sobre la ciudad.

Linda volvió con el vaso, en el que había hielo y *whisky*. Riley lo cogió y fue a llevárselo a los labios. De pronto se detuvo en su movimiento. Miró a la mujer.

—Solo tiene *whisky* y hielo —dijo ella sonriendo ligeramente—. No le he puesto nada más dentro, aunque no me extraña su sospecha, señor Riley, si piensa que yo he podido hacer esas cosas que ha leído.

Riley siguió mirándola.

—Tengo confianza en usted —Linda respondió:

—¿Quiere que yo lo pruebe? Aunque después tendría usted que tirar el vaso. No iba a beber en el mismo que una persona de color.

Riley hizo un gesto. Fue como si le hubiesen golpeado en el plexo solar.

—¿Le he dado algún motivo para que me insulte, Linda? —

preguntó. Y se lo bebió de un sorbo. Se puso en pie, fue a la cocina, vertió *whisky* y hielo en el mismo vaso y lo llevó a la sala. Linda estaba en pie, inmóvil.

—Beba —ordenó—. Vamos, beba.

Ella obedeció. Riley la detuvo antes de que acabase y se bebió él el resto. Luego dijo fríamente:

—No necesita continuar, Linda. Le pagaré las horas que me diga, pero ya puede marcharse.

—Lo... lo siento, señor Riley. No quería... No sé qué pasó por mi cabeza, palabra. Le pido perdón.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Lloraba sin sollozos, como una niña.

—Compréndalo, señor Riley. Son muchos años, generaciones enteras de vivir aquí. Le ruego que me perdone. Yo...

¿Cómo ocurrió? Ni el mismo Jack Riley lo supo nunca. Solo que de pronto tuvo entre los suyos aquel cuerpo y que las dos bocas se buscaban desesperadamente. Un beso que duró mucho tiempo. Luego, el hombre apartó a la mujer.

—Esta vez el que lo siente soy yo, Linda. No quiero que creas que puedo abusar de mi condición de blanco... Quiero decir que sentiría que pensaras eso, pero no lo que he hecho... Bueno... ¡me he hecho un lío! Abofetéame si quieres.

—No quiero abofetearle, señor Riley...

—¡Jack!

—No quiero abofetearle, Jack. ¿No se ha dado cuenta de que yo también...? O es usted ciego o...

Riley volvió a abrazarla fuertemente y ella respondió al abrazo. Los cuerpos estaban tan juntos que ni un papel de fumar hubiera podido pasar entre ellos. Esta vez sus besos fueron más pacíficos, más tiernos. Antes de darse cuenta estaban sentados en el pequeño diván. Pero ni por un instante Riley permitió a sus manos acariciar el cuerpo, pese a que lo deseaba apasionadamente.

—Escucha, Linda —dijo en un momento en que sus bocas dejaron de buscarse—. Me voy a marchar de aquí. Quiero que vengas conmigo. Quiero que no te separes de mí. Nos iremos al Norte primero, a Philadelphia, y luego a Europa. Dime que sí, que lo deseas como yo.

—¿Cómo? ¿Cómo tu querida?

—¡No, demonio, como mi mujer, como mi esposa! ¿Es que no lo has entendido? ¡Te amo y quiero casarme contigo! Claro que no podríamos hacerlo aquí, no está permitido, pero te prometo que...

—No necesitas prometerme nada, Jack.

—¿Me crees entonces?

Ella vaciló. Movi6 la cabeza.

—No lo sé, pero quiero creerte. ¿De veras no te importaría casarte conmigo? Para mí eso es... es casi inconcebible. Soy de aquí, del Sur, y...

—¡Olvídate de eso! ¿Te casarás conmigo? Podemos marcharnos mañana mismo.

—Mañana... —dijo ella—. Mañana es viernes.

—Sí, ¿y qué? No trae mala sombra, no serás supersticiosa.

De súbito la miró. Se había olvidado por completo. Pero ¿qué diablos le importaba?

Ella también tenía la mirada perdida.

—Y luego, el sábado... —dijo.

—Sí, el sábado. Claro que si te parece muy precipitado podemos esperar, pero no más que a la semana que viene. Prométemelo. Dime que sí.

Volvió a abrazarla, desesperadamente. Ella ahora parecía extrañamente pasiva y el hombre se dio cuenta. Se apartó.

—Oh —dijo—. Quizá no quieres. Lo siento.

—No es eso... No. ¡No! No quiero que lo pienses.

—Entonces...

—Espera un momento.

Los truenos retumbaban como descargas de una artillería enloquecida.

La muchacha fue hacia el dormitorio.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te vas? —preguntó él.

—Espera un poco —respondió la voz de Linda.

Y al cabo de dos minutos:

—Ven.

Riley entró en el cuarto. Sobre las blancas sábanas destacaba el hermosísimo cuerpo de ébano, sin ropa alguna. Había corrido las persianas, pero pese a la penumbra, ni uno solo de los rasgos de aquella belleza oscura pasó inadvertida a los ojos del hombre. Casi a ciegas avanzó hacia ella.

Cuando Linda comenzó a vestirse eran las nueve de la noche. Hacía un momento que había dejado de llover, pero pronto volvería a hacerlo.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó él, mirándola. La muchacha se había duchado —por primera vez en el cuarto de baño de un blanco— y su cuerpo brillaba.

—Pronto. Te avisaré —respondió. Le abrazó de nuevo.

—Si sigues haciéndolo no te dejaré salir de aquí —protestó Riley.

—Te avisaré —respondió mientras se enlazaba hábilmente el turbante.

—Prométemelo.

—Prometido.

Cuando Linda tenía en la mano el tirador de la puerta, se volvió.

—¿Sigues creyendo que yo... hice eso?

Riley no vaciló más que un instante. La miró de frente.

—Sí, Linda, y no me importa en absoluto.

—¿No tendrías miedo de casarte conmigo?

—En absoluto —respondió el con entera convicción—. Pero sé que tú no me harías una cosa así. No me preguntes por qué. Lo sé.

Ella le tendió los labios. Estaba llorando. Luego abrió la puerta y salió.

Seguía llorando cuando llegó a la calle. Lloraba aún cuando entró en su propia casa. Se dejó caer desesperadamente en la cama y lloró hasta que el sueño la sorprendió.

Con las primeras luces del alba, a las cinco y media de la mañana, se vistió rápidamente y enfiló la carretera. Ahora no lloraba, pero la decisión anidaba en cada una de sus fibras.

Tuvo suerte. Un tractor que caminaba por el arcén y que conducía un joven negro la recogió. Linda maldijo el lento vehículo, pero a aquellas horas no había ninguno más. Cuando llegó al cruce con la carretera de Atlanta, se bajó, dio las gracias y esperó a que desapareciera de su vista.

Luego comenzó a trepar por la ladera de la montaña. Eran casi las once cuando a su paso firme y elástico, llegó a la cabaña. El abuelo estaba haciendo leña para alimentar su fuego, que nunca, según recordó Linda, se apagaba, ni de noche ni de día, lo mismo que aquella lamparilla de aceite que lucía débilmente en un rincón.

—¿Otra vez tú? —preguntó el viejo—. Linda, te dije que...

—No vengo por eso, abuelo. Quiero que deshagas el último «ouanga».

El viejo la miró con sus ojos pitañosos.

—¿Por qué? —preguntó.

Linda se dejó caer sobre un tronco de árbol que le servía de asiento al anciano negro. Se cogió la cara con las manos.

—Abuelo, ese hombre no representa ya ningún peligro. Quiere casarse conmigo y llevarme al Norte con él. Me ama.

—Y tú... ¿le amas?

—Sí, abuelo. Lo amo. Mucho.

—¿Antes no lo amabas?

—No lo sabía. Pero ahora sí lo sé. Abuelo, por favor, tienes que deshacer el «ouanga».

El abuelo dejó cuidadosamente la azulea sobre el suelo. Levantó la mirada y la fijó en su nieta.

—Ya deberías saberlo, Linda. Un «ouanga» no puede deshacerse.

—Tú sí puedes hacerlo, abuelo —replicó ella desesperadamente.

—Ni yo, ni nadie, Linda. El «ouanga» ya está en el airé, y se

dirige recto a su destino.

—Pero... abuelo, ¿tú tienes que hacer algo!

El viejo se sentó junto a ella. No la tocó.

—Linda, has desatado unas fuerzas enormes. Deberías haberlo pensado antes.

—Pero, ¡lo pienso ahora!

—Sí, cuando ya es tarde. Te advertí, ¿recuerdas?

—¡Habían matado a mi pequeño Ike!

—Por eso lo hice. De lo contrario, me hubiera negado a ello. Pero era tu hijo, mi nieto, el último que quedaba de la familia excepto tú. Pero esas fuerzas aún sabiendo manejarlas, son muy peligrosas.

—Abuelo, ¿no hay algún medio para deshacerlo?

El viejo callaba, con la vista fija en el suelo. Linda le puso una mano en el brazo.

—Abuelo, ¿me estás oyendo? ¿Es que no hay nada que pueda hacerse para evitarlo?

El mismo silencio. Ella, desesperada, se cogió la cabeza con las manos y comenzó a llorar.

Así pasaron varios minutos. Por último la muchacha levantó la cabeza.

—Abuelo, tú eres un poderoso «papaloi», pero si tú no puedes hacerlo, ¿hay alguien que pueda?

El abuelo movió la cabeza negativamente.

—No lo hay en toda esta tierra. Tendrías que ir muy lejos, a Nueva Orleans, tal vez, pero aun así... no llegarías a tiempo, y aunque llegases, tal vez nadie podría ayudarte. Son fuerzas terribles, que solo deben desatarse cuando se tiene la seguridad de que se pueden sujetar.

Y, ¿no podrías volverlo contra mí, en lugar de contra él?

—¿Tanto le amas?

—Sí. Es un hombre bueno, respeta a los negros como a los blancos y quiere casarse conmigo.

Hizo una pequeña pausa.

—Conmigo, que soy una mujer que no le llega a los zapatos. Me ha conocido como una limpiadora y sin embargo quiere casarse conmigo y llevarme fuera del Sur. Incluso a Europa, donde esas cosas no tienen importancia y yo le amo por eso, e incluso si él no me amara, tal vez lo amaría yo.

Se puso en pie.

—Cuando eso ocurra, abuelo, estaré junto a él.

—En ese caso puedes resultar tú también alcanzada.

—No me importará. Yo tengo la culpa, permaneceré junto a él, aunque me alcance el «ouanga» también. Me vuelvo a la ciudad,

abuelo.

El viejo se puso también en pie.

—¿No tienes miedo, Linda?

—Mucho, abuelo, pero lo haré porque es mi deber. Una mujer debe estar junto al hombre a quién ama, y sobre todo si este se encuentra en peligro. Cuándo... ¿Cuándo ocurrirá?

—Ocurrirá mañana, por la noche a las doce. Como los demás.

—Me voy. Adiós, abuelo.

Qué recordase, desde que era muy pequeña no había besado al viejo. Ahora se inclinó y le besó en la lanuda cabeza blanca. Luego echó a andar.

El viejo la miró hasta que se perdió de vista. Luego, entró en la cabaña. Se dirigió directamente a un estante que había en un rincón y tomó un objeto de él.

Se trataba de una muñequita, de trapo. Junto a ella había otros muñecos que figuraban animales. Con la figura en la mano, se acercó al fuego y la colocó sobre la piedra del hogar.

Volvió y recogió a los muñecos que figuraban animales. Los colocó junto a la primera figura y se quedó un rato contemplándolos. Por último, lanzó los dos perros al fuego. La substancia de que estaban hechos ardió al instante, lanzando una llamarada que llegó hasta la boca y comenzó a musitar palabras en voz baja. Sin dejar de hablar en un monótono canturreo, fue descosiendo hábilmente, pese a la poca luz, los trapos que formaban la parte exterior.

Sabía lo que estaba haciendo. Sabía a lo que se exponía, pero no le importaba en absoluto. Ya nada le importaba. Era muy viejo y su vida de todas maneras se interrumpiría en cualquier momento. Sin dejar la melopea, logró separar todos los componentes de la figura.

Con ellos en las manos, fue componiendo otro muñeco. De un saco extrajo unos vellones de lana blanca y un poco de cera negra, a la que comenzó a dar forma hábilmente. Antes de terminarla, se quitó con el cuchillo unos cabellos y un trocito de uña, y los metió en la figura. Luego, un poco de polvo del suelo por dónde había pasado para entrar en la cabaña. Lo pegó también a la muñeca.

Cuando estuvo terminada, la colocó sobre el estante, junto a la lamparilla que ardía siempre. Se arrodilló en el suelo y comenzó a invocar.

Así pasaron dos horas, sin moverse, solo hablando en voz baja.

Luego comió, muy poquito, apenas un poco de carne y pan. Se sentó a la puerta de la cabaña y permaneció inmóvil, mirando las frondas espesas y oscuras. El sol fue describiendo un arco en el cielo y cuando sus últimos rayos se ocultaron tras de las montañas, volvió a la cabaña.

Tomó la figurilla en sus manos, la contempló por última vez y luego la lanzó al fuego.

Ardió al instante, con una brutal llamarada.

Y el abuelo, de pie en el centro de la cabaña, los brazos caídos, la cabeza inclinada sobre el pecho, esperó el «rebote».

* * *

Riley acabó su tarea y se dirigió al despacho del director.

—Míster Bonnaker —dijo simplemente—. Vengo a comunicarle mi despido.

Bonnaker alzó la mirada sorprendido.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Me voy. He decidido dedicarme al periodismo libre.

—Riley, si se trata del sueldo... Ya sabe que el periódico apenas cubre gastos, y muchas veces pierde, pero como medio de presión es necesario. De todas formas podría...

—No, míster Bonnaker, no se trata del sueldo. He decidido recobrar mi libertad. Ser escritor independiente, como le dije. Vuelvo a Philadelphia.

—¿No se encuentra a gusto en el Sur?

—No es eso. Me gusta la ciudad. No comparto las normas segregacionistas pero eso es aparte. Me encontraba a gusto. Es, simplemente, que no deseo continuar atado a un periódico, por el momento.

—Bien, si ese es su deseo. Me alegro de haberle conocido, Riley.

—Y yo también, Bonnaker. Evelyn sigue mejor, ¿verdad?

—Parece, pero está muy nerviosa. Su madre se la va a llevar de aquí mañana mismo.

Riley volvió a su casa, con una nueva sensación de libertad. No podía llamar a Linda. Linda no estaba, aunque no se atrevió a preguntar por ella.

Volvió a su casa. Era Linda la que tenía que ponerse en contacto con él.

Llegó a las siete de la tarde, de aquel sábado.

—Por fin —dijo él, cerrando la puerta antes de abrazarla. Le asombró el fuego con que la muchacha le correspondió.

—Jack —dijo ella cuando logró desprenderse de los brazos del hombre—. Jack, ¿puedo quedarme contigo? Espera, no digas que no. Nadie sabría que estaría aquí.

—Pero... ¡claro que sí, Linda! Pero, si es lo más hermoso que podría sucederme. Ya me he despedido. Y tú, ¿has preparado todo? Podemos tomar el autobús mañana mismo por la mañana. Estaremos en Atlanta a medio día. Allí veremos cómo seguimos

hasta Philadelphia. No hacemos planes.

La muchacha se había vuelto de espaldas a él y miraba por la ventana.

—¿Qué te ocurre? No irás a arrepentirte, ¿verdad?

—No —respondió ella—. ¿Habrá tormenta?

—Sí. Lo siento en la piel.

Se abrazaron de nuevo. El cielo comenzaba a oscurecerse. Un trueno retumbó estruendoso.

—Prepararé algo de cenar —dijo él.

—Lo haré yo —respondió ella. Miró en la heladera. Sus manos dejaron escapar un huevo que se estrelló contra el suelo. Dio un ligero grito.

—Hay más, no te preocupes —dijo Riley.

—No quiero separarme de ti —dijo Linda, estremeciéndose violentamente. Estaba aterrada. Sus grandes ojos, abiertos, muy abiertos.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media. ¿Qué te ocurre, Linda?

—Nada. Prepararé la cena.

Pero sus manos temblaban. Fue Riley el que tuvo al final que preparar la cena, pero ante su gran sorpresa, Linda no comió apenas.

—Escúchame —dijo él—. Si estás arrepentida, si no quieres... yo tengo fuerzas suficientes como para convencerte. No permitiré que te vuelvas atrás. He esperado demasiado este momento.

—No, no es eso. Quiero irme contigo.

—Entonces, ¡arriba ese ánimo!

—¿Qué hora es?

—Las nueve, pero ¿por qué?

—Abrazame. Abrazame fuerte.

La noche había caído definitivamente. Las ventanas abiertas dejaban pasar un aire que había refrescado notablemente.

Con un rápido movimiento Linda se sacó el vestido por la cabeza. Quedó erguida, solamente con las diminutas bragas blancas y el sostén del mismo color. Su piel de caoba brillaba en la semioscuridad. El pelo, cortado a lo africano rodeaba su cabeza como una aureola rizada.

—Ven, Jack.

Jack Riley no necesitaba que se lo repitieran. Avanzó hacia ella y se fundieron en un apretado abrazo.

* * *

—¿Qué hora es?

—Las once y media —respondió él, que fumaba un cigarrillo, relajado y tranquilo—. Por el amor de Dios, ¿qué te importa la hora si vas a quedarte toda la noche conmigo?

La muchacha se puso en pie y salió a la sala. Su mirada se paseó por todos los rincones.

—Enciende la luz —le pidió a él—. Tenía encendida.

—Pero... ¿por qué? ¡Linda! ¿Qué diablos te ocurre?

Riley se puso en pie y fue a buscarla. Parecía como si Linda estuviese buscando algo por los rincones.

—No son las doce aún, ¿verdad?

—¡No! ¡Y no me importa la hora que sea! Pero si mañana hemos de madrugar para coger el autobús de Atlanta...

—Mañana... ¡quisiera que fuera mañana!

Un trueno espantoso. Linda lanzó un grito y se abrazó fuertemente al hombre. Así permanecieron durante un espacio que les pareció larguísimo. Riley fue a apagar la luz.

—¡No! No lo hagas. Déjala encendida.

Riley suspiró, exasperado.

—Como quieras. Pero son casi las doce. Ven.

Entraron en el dormitorio. Linda evitó la ventana para que nadie la pudiera ver en el caso de que hubiera alguien en las casas de enfrente, pero no se dirigió a la cama. Permaneció en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Son ya las doce?

—Pasan casi cinco minutos, pero ¿qué, en nombre de Dios...?

Linda alzó la cabeza. ¿Qué era aquello? Tembló, víctima de incontenible horror, pero lo que esperaba no se produjo. Desde donde estaba veía la cara tranquila de Jack, que la miraba asombrado.

«Adiós, Linda».

Linda oyó las palabras claramente. Era la voz de su abuelo. Inconfundiblemente, era su voz.

Luego, silencio. Tembló por última vez, preguntándose qué habría ocurrido, y de pronto la verdad la asaltó como un relámpago.

¡El «rebote»! Su abuelo había provocado un «rebote». Le había oído hablar de ello algunas veces. El maleficio, el «ouanga», había sido detenido en su camino hacia Jack, pero como un hechizo no se pierde, había vuelto hacia el que lo hizo, hacia su abuelo. ¿Cómo? Ella jamás lo sabría, pero Jack se había salvado.

—Pobre abuelo —dijo en voz alta.

—¿Qué?

—Mi abuelo. Era un hombre muy bueno, Jack, jamás sabremos cuánto.

—Pero, ¿qué dices? ¿«Era»?

—Es, si lo quieres.

Y fue a abrazar a Riley. Muy fuerte. Cada vez más fuerte.

* * *

Unos cazadores descubrieron desde lejos el incendio y se aproximaron, con cuidado. La choza del negro loco ardía por los cuatro costados. Cuando al cabo de muchas horas pudieron mirar entre los restos, vieron el cadáver de un viejo negro, completamente calcinado. El fuego, no obstante, había respetado de una manera extraña su cabeza. Todo lo demás habíase carbonizado.

Para entonces, Linda y Riley, sentados uno delante y la otra atrás del autobús, como debe ser en el Sur, estaban llegando a Atlanta.

F I N

LOS GRANDES EXITOS DE EDITORIAL ANDINA, S.A.



M.L. ESTEFANIA
GALAXIA
CARAVANA

U.S. MARSHAL
EXTRA-OESTE
CUATREROS

COLT 45
OESTE
F.B.I.

SELECCIONES F.B.I.
RURALES DE TEXAS
TERROR



BIBLIOTECA RAPIDA

GRAN
COLECCION
DE TEMAS
RESERVADA
PARA
EL HOMBRE
DE HOY

DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

TITULOS PUBLICADOS:

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.